

EL CAMINO HACIA LA BARBARIE:

Historia contemporánea del Imperio del Japón y su
relación con las atrocidades en la Guerra del Pacífico

Martí Pons Vázquez (NIA: 152267)

Tutor: Manel Ollé Rodríguez

TRABAJO DE FIN DE GRADO – FACULTAD DE HUMANIDADES

Junio de 2015



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
1. 1. <i>Objetivos</i>	6
1. 2. <i>Estructura del trabajo</i>	8
1. 3. <i>Fuentes y aportación</i>	9
1. 4. <i>Nota sobre la nomenclatura</i>	9
MAPA DE ASIA ORIENTAL	11
2. BASES	12
2. 1. <i>Mirada histórica a las relaciones sino-japonesas</i>	12
2. 2. <i>Entrega al emperador</i>	14
2. 3. <i>Creación del Ejército Imperial</i>	15
2. 4. <i>Ética y moral</i>	16
3. PRIMERA GUERRA SINO-JAPONESA	18
3. 1. <i>Un primer aviso: Port Arthur</i>	18
3. 2. <i>Brotos ultranacionalistas</i>	19
3. 3. <i>Someter a China</i>	20
3. 4. <i>Culto a la guerra y educación en el odio</i>	23
3. 5. <i>Caída de la China Qing</i>	25
3. 6. <i>Pugna entre el poder militar y el civil en Tokio</i>	26
3. 7. <i>El vecino hostil de Asia Oriental</i>	26
4. PRIMERA GUERRA MUNDIAL	29
4. 1. <i>Oportunismo de los militares</i>	29
4. 2. <i>Nacionalismos enfrentados</i>	30
4. 3. <i>Hacia el desamparo de China</i>	31
4. 4. <i>La cuestión racial en la Primera Guerra Mundial</i>	32
5. RADICALIZACIÓN Y AUTORITARISMO	35

5. 1. <i>Crisis económica y consolidación de los militares en el poder</i>	35
5. 2. <i>Fascismo y propaganda</i>	38
5. 3. <i>Estallido de la Segunda Guerra Sino-japonesa</i>	40
6. GUERRA EN EL PACÍFICO	42
6. 1. <i>Atrocidades en el frente y en la retaguardia</i>	42
6. 2. <i>Adiestramiento, actitudes y decisiones en el frente</i>	46
7. DESPUÉS DE LA BARBARIE	50
7. 1. <i>Identificar a los responsables</i>	50
7. 2. <i>Culpables e indultados</i>	51
7. 3. <i>Las relaciones actuales entre China y Japón y el debate historiográfico</i>	54
8. CONCLUSIONES	59
BIBLIOGRAFÍA	62

1. INTRODUCCIÓN

En 1838, China, gobernada por la Casa Imperial Qing desde mediados del siglo XVII, vive un periodo de paz fronteriza como pocas veces se ha conocido en el país. Los problemas que padece son de carácter interno. Se producen las primeras rebeliones populares —muchas de ellas étnicas— que se sucederán a lo largo del siglo. El sistema burocrático chino, de larguísima tradición, empieza a ser un lastre por la corrupción y acomodamiento de sus responsables¹. El estancamiento de la administración imperial impide cualquier plan de desarrollo social o económico². Además, el aumento demográfico, derivado precisamente de la etapa pacífica que disfruta el país, no crece en proporción a la capacidad productora agrícola³. Ante la necesidad de importar, la balanza comercial empieza a ser desfavorable. La coyuntura comercial sufre también por la presión cada vez más asfixiante de las potencias occidentales, en especial Gran Bretaña, que utilizan la exportación de opio para abrirse paso en el mercado chino. De momento, motivos insuficientes para que los chinos dejen de creer que su país sigue siendo el centro del mundo; la cúspide de la civilización. Es 1838 y todavía queda un año para que estalle la Primera Guerra del Opio. Entretanto, China sigue gozando de la esfera de influencia comercial y cultural que ha ido tejiendo en toda Asia Oriental a lo largo de los siglos. El archipiélago japonés, al este, es una excepción. Aquel pueblo periférico y, a ojos de China, subdesarrollado, tiene sus puertos cerrados desde hace más de doscientos años, recluso en un ensimismamiento que no le permite ponerse al día del resto del mundo. Mantiene un sistema feudal y ni siquiera posee un ejército propio. Buena parte de su esencia se lo debe al legado cultural de la admirada China.

Un siglo después, en diciembre de 1937, la guerra expansionista que Japón disputa en el Pacífico y Asia Oriental con fines imperialistas alcanza uno de sus momentos álgidos. La capital de la República China, Nanjing, se rinde ante el ataque del Ejército del Gran Imperio del Japón. Las tropas chinas, divididas en un país ya de por sí fragmentado y torturado por las agresiones exteriores, no pueden hacer nada ante las modernísimas fuerzas armadas niponas. Las seis semanas que siguieron a la caída de la ciudad se convirtieron en uno de los episodios más oscuros de la historia de la humanidad. Todos los soldados chinos, que habían depuesto sus armas, fueron

¹ Paul J. BAILEY: *China en el siglo XX*, Ariel, Barcelona, 2002, p. 20.

² Juan Pablo FUSI: *La patria lejana: el nacionalismo en el siglo XX*, Taurus, Madrid, 2003, p. 69.

³ Dennis TWITCHETT - John King FAIRBANK: *The Cambridge history of China, vol. 10*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979, p. 109.

ejecutados sumariamente y se asesinó arbitrariamente y con los métodos más crueles a todo aquel que se cruzara en el camino de las tropas invasoras. Mujeres de todas las edades fueron sometidas sistemáticamente a la violación que, por el sadismo que emplearon los militares japoneses, condujo a la mayoría de ellas a la muerte. La Zona de Seguridad establecida en la capital fue constantemente asaltada y todos los convenios de guerra y protección de civiles fueron ignorados. Ninguna fuerza gubernamental o militar fue capaz de detener aquel infierno desatado en la misma capital de China. Las cifras de aquella masacre todavía hoy son discutidas, pero es indudable que, detrás de los números que se barajan, se esconde una enorme atrocidad. Se estima que entre 100.000 y 340.000 personas fueron asesinadas y 20.000 y 80.000 mujeres violadas⁴ (muchas de ellas en repetidas ocasiones). El Ejército Imperial, el mayor símbolo de la nación japonesa, temido incluso por los Estados Unidos, ha alcanzado unos límites de degeneración impensables tiempo atrás.

El lapso de tiempo que separa estos dos instantes es de solo casi cien años y, sin embargo, comprende dos mundos totalmente distintos. El objetivo central de este trabajo es examinar cómo y por qué se produce este cambio

1. 1. Objetivos

—Demostrar que los repetidos episodios de sadismo y brutalidad protagonizados por el Ejército Imperial japonés durante la Guerra del Pacífico no fueron fortuitos sino que eran consecuencia de unos procesos históricos e ideológicos largos y complejos.

—Identificar estos procesos situándolos en el tiempo y reconociendo a sus responsables. Para ello es necesario analizar los acontecimientos históricos protagonizados por Japón los años anteriores a la Guerra del Pacífico de manera crítica, apoyándonos en la perspectiva histórica que nos permite examinar los hechos conociendo sus efectos *a posteriori*.

—Analizar hasta qué punto la idiosincrasia japonesa (sistema social, modo de pensar...) tuvo efecto sobre la conducta con la que el país se empleó en la guerra.

⁴ MASAHIRO Yamamoto: *The History and historiography of the rape of Nanking*, UMI Dissertation Services, Ann Arbor (Michigan), 1998, p. 2.

—Examinar qué papel tuvieron las potencias occidentales dentro de este proceso de escalada de violencia en Japón para discernir si hubo esfuerzos para evitarlo o si, por el contrario, su actuación, marcada por intereses particulares, lo permitió o incluso favoreció. Del mismo modo, relacionar estos procesos con los que al mismo tiempo sufrió China, país que, por su condición de víctima principal de la agresión japonesa, debe ser también estudiado para entender globalmente el conflicto.

—Examinar quiénes fueron considerados culpables de los crímenes de guerra en los tribunales militares establecidos entonces y demostrar si aquellos responsables se corresponden con los identificados en la primera parte del trabajo. Para ello, es indispensable interpretar los intereses velados que prevalecieron durante los juicios en el marco del nuevo panorama global tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.

—Interpretar como la crudeza de las acciones japonesas en la Guerra del Pacífico ha afectado y sigue afectando a las relaciones de Japón con el resto del mundo, fundamentalmente con China. Así, se puede demostrar que conocer e interpretar el pasado, especialmente cuando éste todavía no está cerrado, es de gran utilidad para entender el presente.

—Poner de relieve un capítulo de la historia que no ha recibido toda la atención que debería. Solo en China murieron entre 15 y 20 millones de personas, en un conflicto desconocido para el gran público occidental (a excepción de los episodios de la guerra que atañen a Estados Unidos) ya sea por quedar alejado geográficamente y culturalmente o por la reticencia tanto de chinos y japoneses a poner sobre la mesa el asunto.

Para lograr los objetivos expuestos es necesaria una reflexión compleja que huya de los juicios morales fáciles. Sin embargo, esta reflexión entraña ciertos riesgos.

Tratar de explicar la violencia extrema empleada en la Guerra del Pacífico, o en cualquier otro conflicto, puede llevar a una peligrosa tentativa de justificar los hechos, cosa que este trabajo no pretende de ningún modo. Por la naturaleza inhumana de los sucesos que nos ocupan, éstos son injustificables, y ésta es una premisa fundamental para este estudio. Entre la delgada línea entre explicar el porqué de unos hechos y justificarlos, prevalece el propósito principal del trabajo: reducir al máximo el componente azaroso de la barbarie.

El segundo peligro que entraña este trabajo es el de caer en el error de interpretar que el “problema” estaba en Japón. La misma historia del siglo XX demuestra que países con sociedades muy diversas y con diferentes grados de desarrollo perpetraron crímenes terribles. Los terribles crímenes contra la humanidad no son privativos de Japón. Este trabajo también debe manifestar que el caso nipón sirve de lección histórica para prevenir que el camino que condujo a Japón hacia la barbarie puede repetirse bajo otras formas y en contextos muy distintos.

Sortear con éxito estas dificultades y extraer de ellas un aprendizaje también debe ser uno de los objetivos del trabajo.

1. 2. Estructura del trabajo

En cuanto al formato del trabajo debo decir que tratar de explicar los procesos históricos e ideológicos que de algún modo influyeron en el carácter brutal de la Guerra del Pacífico en un orden estrictamente cronológico se antojaba una tarea imposible, pues se solapan en el tiempo o se combinan entre ellos. Por ejemplo; la Gran Depresión es determinante para entender como los sectores ultra-militaristas tomaron el poder en Japón. Sin embargo, el crecimiento de la esfera de influencia del ejército era un proceso que venía desarrollándose con fuerza desde más de tres décadas antes de la crisis del 29. Para solventar esta cuestión y mantener una cierta lógica temporal, he dividido el trabajo en siete grandes bloques (sin contar este pasaje introductorio): en “Bases” planteo las particularidades de Japón que hicieron posible que germinara la escalada de violencia posterior; en “Primera Guerra Sino-japonesa” y “Primera Guerra Mundial” condense una serie de procesos que, favorecidos por el clima bélico de ambas guerras, se afianzaron o bien surgieron antes, durante o a raíz de estos conflictos y que tuvieron impacto más adelante; en “Radicalización y autoritarismo” examino la fase final de la trayectoria de Japón antes de la guerra, protagonizada por el ascenso de un régimen totalitario en el país; en “Guerra del Pacífico” analizo los crímenes de guerra cometidos y las conductas que se desarrollaron en el frente; en “Después de la barbarie” trato la cuestión de la búsqueda de responsables y las consecuencias del conflicto hasta nuestros días; por último, extraigo las conclusiones derivadas de todo el estudio anterior.

1. 3. Fuentes y aportación

La bibliografía relativa al Imperio y al imperialismo de Japón es vastísima, lo que me ha permitido disponer de un número de fuentes muy rico tanto por número como por variedad. Así, he podido consultar obras no solo de reputados especialistas occidentales en historia contemporánea de Japón, como William G. Beasley, sino también de autores japoneses traducidos, generalmente al inglés, como el caso de Saya Makito y su estudio sobre el origen del nacionalismo japonés⁵. Por otra parte, las obras especializadas en los crímenes de guerra perpetrados en Asia Oriental son menos en cantidad. Por ello debo destacar la obra de Laurence Rees, que durante años ha investigado a través de testimonios de primera mano los actos más terribles cometidos durante la Segunda Guerra Mundial. Rees analiza los comportamientos humanos y la psicología militar en los ejércitos que protagonizaron los episodios más oscuros del conflicto, mostrando un gran interés por el caso japonés, que a diferencia del nazi, es mayoritariamente desconocido en Europa. Con mi trabajo pretendo establecer puentes entre la historia contemporánea de Japón, tan ampliamente analizada, y los comportamientos atroces de su ejército y demostrar que hay una conexión muy estrecha entre ambas cuestiones.

1. 4. Nota sobre la nomenclatura

Para los nombres de cosas o personas ha prevalecido la perspectiva japonesa por su condición de sujeto principal del trabajo. Un caso práctico: entre 1937 y 1945 se desarrolla una guerra entre China y Japón. En Occidente se conoce como “Segunda Guerra Sino-japonesa”, mientras que en China es “Guerra de Resistencia Antijaponesa del Pueblo de China”. En Japón, sin embargo, este conflicto queda englobado dentro de lo que comúnmente se conoce como “Guerra del Pacífico”. Así, en el trabajo predomina este término en tanto que es el más utilizado en Japón y abarca todos los frentes militares abiertos por Tokio, sin obviar que la Guerra del Pacífico es un escenario más de la Segunda Guerra Mundial.

Del mismo modo, los topónimos utilizados son los que prevalecen en Japón o en Occidente. Así, lo que en China se conoce como islas Diaoyutai, aquí aparecen como

⁵ SAYA Makito: *The Sino-japanese War and the birth of japanese nationalism*, International House of Japan, 2011.

Senkaku, su nombre nipón. De igual forma, lo que para los chinos es Lushunkou, aquí prevalece Port Arthur, nombre dado por los europeos al lugar.

Los nombres japoneses y chinos están en su orden tradicional; primero el apellido y luego el nombre. Por pragmatismo todos los nombres chinos y japoneses aparecen transcritos al abecedario latino.



MAPA DE ASIA ORIENTAL. Incluye las principales regiones y países que participaron en la Guerra del Pacífico⁶.

⁶ Extraído de Laurence REES: *El Holocausto Asiático: Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2009, p. 12.

2. BASES

2. 1. *Mirada histórica a las relaciones sino-japonesas*

Las relaciones entre China y Japón anteriores al siglo XIX fueron relativamente escasas teniendo en cuenta su proximidad geográfica. China, como enorme centro de poder, influía directa o indirectamente sobre toda su periferia. Durante el periodo Yamato, en especial en el siglo VII, la élite dominante en el archipiélago japonés empezó a adoptar costumbres provenientes de la China Imperial. De este modo, China definió en buena medida el lenguaje, la escritura y la cultura política de sus vecinos isleños. Sin embargo, pronto la tradición de uno y otro país fueron tomando rumbos distintos, a pesar del flujo migratorio y diplomático mínimo pero constante que mantuvieron. El contacto se intensificaría de nuevo en el siglo XVI, durante la dinastía Ming, con las importaciones de plata japonesa. En ese mismo periodo, y a modo de augurio para lo que sucedería tres siglos después, se producirían invasiones japonesas en la península de Corea, estado vasallo de China. Aunque no tuvieron consecuencias a largo plazo, sirvieron de advertencia para el continente asiático: existía en Japón un deseo latente de expansión más allá de sus fronteras naturales.

Una vez más, las relaciones entre ambos países se enfriaron, más aún cuando en Japón se instauró el *shogunato* Tokugawa, cuya decisión más singular fue el cierre de las fronteras del país para lograr un aislamiento total, salvo por alguna excepción⁷, de Japón respecto al mundo exterior. Japón se encierra en un periodo de ensimismamiento marcado por las luchas internas encaminadas hacia la unificación del país. Por su parte, China dejaba de estar a la vanguardia del progreso y se había atrasado respecto a la Europa de la revolución industrial. Pronto, los ávidos ojos de Occidente empezaron a contemplar China como un gran mercado con un potencial enorme si se la integraba dentro del liberalismo. Los intereses comerciales de la corona británica sobre el gigante asiático desataron la Primera Guerra del Opio (1839-1842) que finalizaría con la firma del Tratado de Nanjing, en el que los occidentales establecieron todas las condiciones⁸. La alarmante vehemencia con la que los europeos estaban asaltando Asia Oriental

⁷ Deshima, una isla artificial en el puerto de Nagasaki, fue durante años la morada de comerciantes holandeses que servían de enlace entre Japón y el resto del mundo. Véase Huibert PAUL: “De Conigh on Deshima. Mijn Verblijf in Japan, 1856”, *Monumenta Nipponica*, vol. 32, n° 3, (Agosto, 1977), pp. 347-364.

⁸ José SALGADO: “La guerra del opio: geopolítica de la droga”, *Boletín Economía y Negocios*, n°. 27 (Julio, 2013), Universidad Tecnológica Equinoccial, p. 10.

reafirmó a los japoneses en su convencimiento de que el hermetismo era la mejor opción. Su política de aislamiento nacional funcionó hasta que Estados Unidos llamó a su puerta —la derribó, de hecho— en 1953. Un Japón feudal se vio forzado a entrar en la esfera de influencia de Asia Oriental que favorecía los intereses comerciales de las potencias occidentales a través de tratados cada vez más desiguales⁹.

La fuerza del confucionismo permitió a los chinos aunar una tradición conservadora con las concesiones a los extranjeros. Este estancamiento intelectual, sumado a la pérdida de recursos, desencadenó graves conflictos que supondrían el declive de la dinastía reinante¹⁰. Los japoneses, por su parte, respondieron al sometimiento occidental, que a sus ojos era una humillación, con un profundo cambio ideológico; derribaron el *shogunato* Tokugawa y devolvieron el poder al emperador. Se daba el pistoletazo de salida a la Restauración Meiji, durante la cual se dismantelaron buena parte de las instituciones feudales y el sistema fue progresivamente occidentalizado. Japón se abrió al mundo de un modo asombroso; enviaba expediciones alrededor del globo para recoger toda la información posible sobre el modo de vida y el desarrollo tecnológico de los occidentales. El viaje también era a la inversa, pues se contrataba a especialistas europeos y estadounidenses en distintos campos especializados. La industria y la educación pasaron a ser prioridades del gobierno nipón, que además decretó una constitución según el modelo occidental. Pero, por encima de todo, y por primera vez en la historia del país, se constituyó un ejército nacional y regular. Éste se estableció como eje de la nación e indispensable para que el país se mantuviera fuerte e independiente. En tiempo record, Japón había reaccionado a la agresión occidental convirtiendo un país feudal en una de las potencias con mayor fuerza militar del mundo a finales del siglo XIX. No había corrido la misma suerte China, inmersa en una Segunda Guerra del Opio contra franceses e ingleses (1856-1860), sometida en buena parte de su territorio a los intereses coloniales y debilitada por las guerras internas. Nos encontramos en un momento en el que el Imperio Chino es un gigante frágil y malherido mientras que en la periferia, el vecino japonés deviene en una potencia emergente. Con esta desequilibrada coyuntura de fondo, Japón aprenderá de los occidentales una última lección: la ideología imperialista.

⁹ Guillermo MARTÍNEZ: *La región del Nanyō. El Japón Meiji y las colonias asiáticas del imperio español, 1858-1898*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, 2011, pp. 71-73.

¹⁰ William. G. BEASLEY: *La Restauración Meiji*, Satori Ediciones, Gijón, 2007, p. 15.

2. 2. Entrega al emperador

El gobierno del *shogun* se arrodilló ante las exigencias comerciales de los extranjeros, que provocaron una crisis económica sin igual dentro del país. Las clases populares percibían la influencia negativa de los occidentales y a partir de 1863 empezaron los levantamientos contra la clase política pro-occidental. Pronto se articuló un movimiento liderado por la clase samurái que no solo era anti-occidental, también ambicionaba una modernización del sistema político japonés respetando la tradición. Esta corriente necesitaba una figura en la que apoyarse y que legitimara sus aspiraciones: Mutsuhito, el emperador Meiji. El lema *sonno joi* (reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros) resonaba por todo Japón¹¹.

Antes, en 1867, el emperador Komei, contradiciendo al *shogun*, ya había ordenado la expulsión de los bárbaros, a lo que franceses, ingleses, holandeses y norteamericanos respondieron con una intervención militar. Para los partidarios de abolir el *shogunato* se hizo evidente que repeler a los extranjeros era una misión que debían postergar¹². Solo cuando poseyeran una fuerza militar a la altura del resto de potencias, podrían cumplir la consigna del *sonno joi*. La primera parte del lema, la reverencia al Emperador, era ya absoluta.

El término “emperador”, según nuestra perspectiva, no abarca todas las peculiaridades que transmite la misma palabra en japonés: *Tenno*, cuyo significado literal es “soberano celestial”. El monarca era una prolongación de Dios en la Tierra. El mito de la creación de Japón¹³ se recoge en el mismo texto que da testimonio de los primeros emperadores del país¹⁴. Que el mito de la creación y el de la figura imperial vayan de la mano, permite apreciar la dimensión divina de la que goza el *Tenno*. A partir de la Restauración Meiji, el emperador, además de ser una autoridad religiosa, empieza a disfrutar de poder jurídico y político. La lealtad hacia su persona se torna en un principio de unidad nacional. Esta idea fue reforzándose a medida que el Ejército Imperial se enfrascaba en mayores y más complicadas empresas, hasta que quedó obsoleta en 1945. La cuestión de la descendencia divina del emperador y el vasallaje

¹¹ Jean CHESNEAUX: *Asia Oriental en los siglos XIX-XX: China – Japón – India – Sudeste asiático*, Labor, Barcelona, 1976, p. 43.

¹² *Ibíd.*

¹³ Se explica en la leyenda de los dioses Izanagi e Izanami, creadores de las islas que conforman Japón. Véase Irene SECO: *Leyendas y cuentos del Japón*, Akal, Madrid, 2006, pp. 29-36.

¹⁴ El libro es el *Koiji* o *Crónica de los hechos antiguos*, escrito a principios de siglo VIII.

hacia su persona de la sociedad en general y los militares en particular resultará una cuestión indispensable para explicar el futuro descarrío del ejército, que contó con la connivencia del pueblo.

A partir de 1889, la Constitución reconoció a Yoshihito, hijo de Mutsuhito, como Jefe Imperial de Japón y su figura adquirió un poder paternal sobre la estructura militar, socioeconómica y religiosa y moral del país. Para ello, se acentuó el culto a las fuentes mitológicas de donde procedía la autoridad celestial imperial y al sintoísmo, la religión predominante en Japón¹⁵. Durante el reinado de Hirohito, los militares utilizarán el poder que emanaba del emperador para justificar la actitud despiadada con la que sus tropas avanzaban por el Pacífico y Asia y la agresión a las potencias occidentales.

2. 3. *Creación del Ejército Imperial*

Al igual que la mayoría de instituciones formadas durante la Restauración Meiji, el Ejército Imperial japonés se fundó en 1869 a imagen y semejanza de un modelo occidental. Franceses y prusianos contratados por Tokio fueron los ideólogos del órgano que debía convertir Japón en la nación más fuerte e independiente de un continente hasta entonces supeditado al imperialismo europeo y norteamericano. A pesar de este nacimiento con raíces occidentales, el ejército pronto se convirtió en punto de confluencia de los principales ideólogos del nacionalismo nipón. Estos patriotas ensalzaban los valores tradicionales japoneses frente al enemigo extranjero. La visión hostil del foráneo no era nueva en el archipiélago; la política de aislamiento del *shogunato* Tokugawa se explica por el temor de las élites japonesas a avasallarse militar y teológicamente ante los países de la Europa medieval.

A lo largo del último cuarto de siglo XIX se definió un ejército japonés con un marcado deje nacionalista e imperialista. Si Japón, en tan poco tiempo, había igualado en desarrollo técnico y tecnológico a las mayores naciones del mundo, ¿por qué no iba a asaltar su monopolio imperialista? Las conquistas de este nuevo ejército no solo estaban legitimadas por el fulgurante ascenso de su país. Las fuerzas armadas también recibían

¹⁵ Salvador RODRÍGUEZ: *La Monarquía japonesa*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001, pp. 37- 46.

el beneplácito divino, ya que el Emperador Meiji tenía el título de Jefe de todos los Ejércitos.

Priorizando la seguridad nacional del país, los japoneses vieron que un hipotético control del continente era la mejor manera de protegerse de posibles invasores. En el punto de mira; una vieja aspiración japonesa: la península de Corea. Era necesario mantener a los coreanos lejos de la influencia china y convertirlos en su estado vasallo. Con el desembarco de las tropas japonesas en la península en agosto de 1894, comenzaría la Guerra Sino-japonesa, o lo que es lo mismo, la primera guerra que el nuevo Japón disputaba contra una potencia exterior.

2. 4. *Ética y moral*

La forma en que la sociedad japonesa concibe e interpreta el mundo no fue, ni mucho menos, causante de la vorágine de violencia que su país desató sobre el resto de Asia. Sin embargo, algunas características de la cosmovisión que tienen los nipones explican —pero no justifican— determinadas actitudes que desarrolló el Ejército Imperial y que fueron mayoritariamente toleradas por el resto de la población.

En su origen, el idioma, las artes y la filosofía predominantes en el archipiélago japonés provenían de China. Sin embargo, hacia el siglo XIX, toda esta cultura tradicional había sido tan adaptada y modificada que los japoneses la podían considerar, con total derecho, como propia. Confucianismo, budismo, taoísmo y neoconfucianismo —éste último se puede considerar una simbiosis de los tres primeros¹⁶— ocupaban el plano espiritual de Japón. El culto a las deidades se aglutinaba en torno al sintoísmo. La flexibilidad de estas doctrinas, así como su intercompatibilidad, dio lugar a una especie de sincretismo¹⁷.

Durante el periodo Tokugawa se conectó el código moral del confucianismo con la filosofía samurái, es decir, la de la clase protomilitar del Japón feudal¹⁸. La encarnación de los valores confucianos con los militares se mantuvo durante la

¹⁶ Sobre la llegada de las doctrinas religiosas, espirituales y morales de China al resto de Asia Oriental y su presencia en Japón, véase Antoni PREVOSTI (coord.) – Antonio José DOMÉNECH – Ramón N. PRATS: *Pensamiento y religión en Asia Oriental*, UOC, 2005.

¹⁷ Oriol JUNQUERAS – Dani MADRID – Guillermo MARTÍNEZ – Pau PITARCH: *Historia de Japón: economía, política y sociedad*, UOC, Barcelona, 2012, pp. 91-93.

¹⁸ William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea de Japón*, Alianza, Madrid, 1995, pp. 38-39.

Restauración Meiji y el nuevo Ejército Imperial aplicó esta filosofía en su escala jerárquica. El confucianismo define las relaciones interhumanas como un conjunto de obligaciones morales, haciendo hincapié en las relaciones desiguales y la subordinación. La piedad filial, la lealtad y el respeto a los dioses eran las bases del pensamiento confuciano. Estos tres preceptos ponen de relieve de nuevo la figura del emperador: la piedad filial, en tanto que todos los japoneses se consideran hijos del monarca; la lealtad, en tanto que la fidelidad hacia aquel que se encuentra en un rango superior —y el monarca estaba en la cima de la estructura jerárquica— es incuestionable; y el respeto a los dioses, en tanto que el soberano es un ser divina.

¿Por qué en los períodos más crudos de la guerra, los japoneses, en especial los militares, siguieron profesando una obediencia ciega al emperador aunque éste, supuestamente, pareciera haberse apartado del camino virtuoso de la ética confuciana? A diferencia del confucianismo chino, en Japón, la autoridad imperial gozaba de una aquiescencia divina. La sumisión a su figura era innegociable, independientemente de sus actos. Como líder del Ejército Imperial, el emperador Hirohito era responsable último de las acciones de los militares en la Guerra del Pacífico. Sin embargo, y como expondré más adelante, la presión de las élites del ejército influyó en las decisiones del soberano. El papel del monarca en el marco de la Segunda Guerra Mundial sigue siendo objeto de debate.

3. PRIMERA GUERRA SINO-JAPONESA

3. 1. *Un primer aviso: Port Arthur*

Los primeros pasos del Ejército Imperial japonés se dieron con la teórica voluntad de respetar las normas de guerra a la europea. Es decir, siguiendo lo pautado por la Convención de Ginebra. Las buenas intenciones se esfumaron en septiembre de 1894, cuando se produjo la matanza de Port Arthur. Esta ciudad, situada en la península china de Liaodong, representaba un punto estratégico para las aspiraciones de Japón más allá de Corea. Los periodistas occidentales dejaron constancia de la brutalidad y la sangre fría con la que el Ejército Imperial ejecutó a unos 2.000 hombres cuando la ciudad ya había caído en manos japonesas. Hecho sorprendente a la vista de los métodos “civilizados” que los nipones habían mostrado hasta el momento. El corresponsal del *New York World*, en un tono claramente racista, achacó la crudeza de los crímenes perpetrados en Port Arthur al hecho de que los japoneses seguían siendo un pueblo salvaje que, para más inri, nunca había asimilado el cristianismo¹⁹.

La matanza de Port Arthur supone un antes y un después para el Ejército Imperial y los hechos que allí sucedieron se convirtieron en la semilla del rumbo siniestro que poco a poco irían tomando las huestes del emperador. No es menos cierto que los chinos también emplearon métodos sádicos contra sus rivales. En septiembre de 1894 se ofrecieron recompensas entre las milicias chinas para aquellos que más cabezas decapitadas de japoneses presentaran a sus generales²⁰. De hecho, los altos cargos japoneses, ante la controversia que generó en la comunidad internacional el testimonio de la matanza de Port Arthur, arguyeron que sus soldados habían actuado siguiendo una sed de venganza natural al descubrir los crímenes que los chinos habían cometido antes. Según ellos, se trataba de una réplica en caliente más que de una maniobra planeada de antemano. Fuera como fuese, la extrema virulencia con la que ambos combatientes actuaron durante esta guerra perjudicó, por encima de todo, a los coreanos, que vieron como su territorio era masacrado entre un imperio que defendía cómo podía sus últimas áreas de influencia, y otro, naciente, que aspiraba a ocupar el papel que su rival había desarrollado en Asia en los tres últimos milenios.

¹⁹ MASAHIRO Yamamoto: *op. cit.*, pp. 46-49.

²⁰ *Ibid.* p. 42.

3. 2. *Brotos ultranacionalistas*

La cobertura mediática que recibió esta guerra sirve para entender qué ocurrió en Japón entre la primera y la segunda guerra sino-japonesa, es decir, su transformación en un país entregado totalmente a la causa imperialista. La prensa escrita japonesa sirvió de propaganda para que el conjunto de la sociedad se volcara en la guerra contra China y fue fraguando un espíritu ultranacionalista entre toda la ciudadanía del país. Lo primero era diferenciarse del enemigo, tildándolo de inferior. La dinastía manchú de los Qing que gobernaba en China fue el objetivo principal de los periódicos japoneses. La China Qing era considerada atrasada culturalmente, sus habitantes presentados como ignorantes y sus soldados como cobardes²¹. Todos los valores que la Restauración Meiji había suprimido en Japón seguían en pie en China. Con sus furibundos ataques al país vecino, la prensa japonesa, y en consecuencia la opinión pública, no solo despreciaba lo que era la China del presente, también repudiaba lo que había sido Japón en un pasado. Japón estaba olvidando una tradición común que, como todos los países de Asia Oriental, compartía con China. El nacionalismo japonés creó su identidad en contraposición a la imagen que ofrecía China: atrasada, débil y dependiente, y rompió con los vínculos que unían a ambos países.

A medida que avanzaba la guerra, el discurso nacionalista fue adoptando un carácter antropológico, describiendo la guerra como una lucha entre civilización y barbarie²². Era un modo de justificar la guerra; más allá de los intereses estratégicos para la seguridad del país, Japón debía expandir por Asia su desarrollo político, tecnológico y cultural. Con las noticias que llegaban de China y Corea, los nipones llegaron a la conclusión de que se encontraban a la vanguardia del progreso en todo el continente. Del mismo modo que los occidentales, Japón se consideraba superior al resto de pueblos asiáticos.

No obstante, y a pesar del despliegue de reporteros en la zona, la sociedad nipona no tenía conocimiento de todo lo que sucedía al otro lado del Mar del Japón. De la matanza de Port Arthur no hubo ni un solo periódico que explicara con franqueza las dimensiones de la masacre a la que habían sido sometidos los civiles chinos²³. El

²¹ SAYA Makito: *The Sino-japanese War and the birth of japanese nationalism*, International House of Japan, Tokio, 2011, pp. 38-40.

²² *Ibíd.*, p. 41.

²³ *Ibíd.*, p. 46.

Ejército Imperial contaba con un aparato censor para casos en los que sus tropas cruzaran ciertos límites. Conviene recordar estos detalles para observar la progresiva pérdida de escrúpulos de los militares japoneses y como la sociedad nipona fue, entre 1937 y 1945, partícipe moral de unos crímenes que en 1894 no habría consentido, a juzgar por los miramientos que tuvo el ejército a la hora de informar sobre ellos.

Por su parte, los periodistas occidentales se mantenían en su convencimiento de que lo que se estaba desarrollando antes sus ojos no era más que una batalla entre salvajes incivilizados. No percibían el rumbo que estaba tomando Japón, y es que la autoconciencia del potencial imperial estaba aflorando en la Tierra del Sol Naciente. Igualmente, una guerra que se estaba decantando a favor de Japón interesaba a una Europa que en los últimos tiempos había empezado a desarrollar una cierta sinofobia. A pesar de juzgarla atrasada, Occidente temía el potencial latente de un país que, para fortuna europea, siempre había preferido vivir de puertas hacia dentro. El llamado “peligro amarillo” no lo era tanto si un vecino de su periferia era capaz de batirlo.

La guerra ruso-japonesa (1904-1905), ocurrida una década después del conflicto sino-japonés y con Corea y Manchuria de nuevo como objetivos militares, sirvió para que en Occidente se empezara a ver a Japón como un posible rival a tener en cuenta en su monopolio territorial mundial. Era la primera vez que un país oriental desafiaba con éxito a una potencia imperial europea. La Rusia de Nicolás II fue arrollada por el Ejército Imperial, poniéndose de manifiesto que Japón, un país que recién despertaba del feudalismo, ya superaba militar, tecnológica e incluso democráticamente²⁴ a una potencia global. La victoria en este conflicto supuso un espaldarazo más al sistema que se había constituido en el país y le daba motivos al emperador y a los sectores nacionalistas para seguir su hoja de ruta.

3. 3. Someter a China

La Guerra Sino-japonesa descubrió de manera flagrante el abismo entre ambos países. Si el conflicto se alargó más de la cuenta no fue por la resistencia que pudiera

²⁴ Bernard LEWIS: *¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Siglo XXI, Madrid, 2002, pp. 74-75.

ofrecer la China Qing²⁵, sino porque Japón, viendo que sus tropas penetraban en el país vecino sin la mayor dificultad, fue añadiendo a su lista nuevos objetivos militares²⁶. La guerra concluyó oficialmente con la firma del Tratado de Shimonoseki, por el que China debía renunciar a cualquier tipo de control sobre Corea, pagar una indemnización a Japón que hería de muerte su ya maltrecha economía y la cesión de distintos territorios que ahora pasaban a manos niponas, entre los que cabe destacar la isla de Taiwán (antigua Formosa) y la península de Liaodong²⁷. Por el control de esta última se produjo una triple intervención de Alemania, Rusia y Francia, que exigían que el territorio fuera devuelto a China. La oposición al dominio japonés de la zona ponía de manifiesto que el Imperio del Sol Naciente empezaba a despertar recelos. Finalmente Liaodong tuvo que ser devuelta a China. Tokio lo consideró una afrenta y el resentimiento contra aquellos aliados europeos fue en alza. La Triple Intervención frenó la euforia patriótica que aquellos días inundaba el archipiélago y el hecho de que el gobierno japonés accediera a regañadientes a devolver uno de los mayores trofeos de la guerra evidenció que Japón todavía no estaba capacitado para responder a una triple ofensiva militar occidental. Lejos de acomodarse en la satisfacción de la victoria, los sectores más nacionalistas del país hicieron un llamamiento a las armas que impuso la prioridad de consolidar unas fuerzas armadas que fueran capaces de competir con los grandes ejércitos europeos²⁸. La carrera armamentística, iniciada con la Restauración Meiji, redobló sus esfuerzos a partir de 1895.

Por su parte, la dinastía Qing no disponía del capital suficiente para pagar la deuda que el Tratado de Shimonoseki le imponía. Oportunamente, bancos de Londres, Berlín o Moscú se ofrecieron como prestamistas. Los créditos se concedían a cambio de privilegios económicos en distintas zonas del país, que los gobiernos europeos obtenían mediante el arrendamiento de territorio chino. La dinastía Qing malvendía áreas enteras que dejaban de estar bajo su soberanía, lo que paralizaba todavía más su ya de por sí estéril intento de modernización del país²⁹. Al impacto económico y gubernamental que

²⁵ Es significativo que en la campaña de Taiwán, 10,235 de los 10,841 soldados japoneses fallecidos murieron por enfermedad, generalmente la malaria. Véase SAYA Makito: *op. cit.*, p. 142.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Tratado de Shimonoseki. Artículos 1, 2 y 4. Consultado el 13 de abril de 2015 en <http://www.taiwandocuments.org/shimonoseki01.htm>

²⁸ SAYA Makito: *op. cit.*, pp. 155-159.

²⁹ Mario SANTANDER: "Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China", *Gerónimo de Uztariz*, nº 25 (2009), pp. 35-36.

supuso la guerra y el posterior endeudamiento, hay que sumarle el choque que representaba, a nivel cultural, haber sido pisoteados por los japoneses. Las guerras del opio y la nefasta presencia europea eran señales que hacían sospechar al Imperio Chino que quizás ya no eran el centro del mundo, como así habían creído durante siglos. El sinocentrismo, toda una cosmología arraigada en el país desde tiempos pretéritos³⁰, era una idea obsoleta. La derrota a manos de Japón, sin embargo, dejó a la sociedad china en shock. Los considerados vulgares vecinos de la periferia les habían revelado la cruda realidad. China ya no asustaba a nadie.

China era ahora un imperio batido y las potencias foráneas discutían qué partes de aquella enorme pieza de caza les correspondía apropiarse. Sin embargo, se produjo un cambio de paradigma y Gran Bretaña, que había desarrollado en Asia una mayor área de influencia comercial, vio en Japón el nuevo actor protagonista del Lejano Oriente. Ya en 1894 Londres no había visto con malos ojos el ataque de los nipones a una de sus perlas coloniales más valiosos, y en 1902 se confirmó este entendimiento con la firma de la alianza anglo-japonesa que acordaba el reparto de intereses en el territorio disputado en las guerras contra los Qing y contra los rusos³¹. Para regocijo de los cada vez más envalentonados nacionalistas japoneses, su país ya dialogaba de tú a tú con potencias imperialistas el reparto del mundo. Que Japón negociara la adjudicación de territorio chino con Occidente era un paso más para agrandar la distancia entre los dos países asiáticos. Se habían roto los escasos lazos de hermandad que pudieran quedar entre ambos. Dentro del choque Oriente-Occidente, Japón ocupaba ahora una posición ambigua y ya no percibía el resto de sus vecinos de Asia, en especial los chinos, como a sus semejantes.

La Guerra Sino-japonesa de 1894 y 1895 sienta las bases de un primer expansionismo japonés. Sus fronteras ya iban más allá del archipiélago y por vez primera lograba el vasallaje de Corea, incapaz de liberarse del yugo de los dos gigantes entre los que se ubica su península. La perspectiva histórica de la que disfrutamos nos permite contemplar que el impacto de este primer conflicto tuvo las consecuencias más graves en el plano ideológico. Los crímenes cometidos en el marco de la Segunda Guerra Sino-japonesa demuestran que entre ambos conflictos se produce una

³⁰ David E. MUNGELLO: *The Great Encounter of China and the West, 1500-1800*, Rowman & Littlefield Publishers, Maryland, 2009, pp. 4-5.

³¹ Julia MORENO, *Japón contemporáneo (hasta 1914)*, Akal, Madrid, 1989, p. 47.

degeneración ideológica que marcará el carácter chovinista de la conquista de China en particular y Asia Oriental y el Océano Pacífico en general. Es cierto que es con el arranque del periodo Meiji cuando el país empieza a armarse, a constituir un poderoso cuerpo militar y a crear un imaginario colectivo de nación-Estado apoyado en el equilibrio entre tradición y modernización. Sin embargo, la primera guerra contra los chinos y el subsiguiente conflicto contra los rusos, que se saldó con sendas victorias, sirvió para que los sectores militaristas y ultraderechistas del país ganaran adeptos y suficiente poder de convicción como para empezar a escapar del control del gobierno y el emperador. La sociedad nipona veía con mirada cómplice los triunfos de estos grupúsculos y se alineó junto a ellos en su animadversión contra las potencias occidentales³² y, sobre todo, su desprecio hacia los chinos, que a sus ojos representaban todo lo que hacía de Asia un continente inferior. Para hacer de Japón el pueblo asiático superior, era necesario degradar al resto.

3. 4. Culto a la guerra y educación en el odio

El proceso de creación de una identidad nacional propia que fuera superior al resto de Asia fue lento pero constante, en especial entre las capas más jóvenes. Es un ejercicio historiográfico sumamente útil conocer cómo fue preparada la generación que posteriormente lideraría la invasión de China. Mientras que aquellos que lucharon en la Primera Guerra Sino-japonesa todavía mantenían retazos de la enseñanza feudal anterior a los Meiji, en la que China todavía era un referente en materia cultural, aquellos que de un modo u otro participaron en el segundo conflicto fueron educados con una premisa que cada vez fue calando más hondo en la sociedad: el menosprecio al vecino asiático y la exaltación del triunfo militar contra los chinos.

Desde los colegios se lanzaban campañas para que los alumnos recaudaran fondos dedicados a los veteranos de la guerra sino-japonesa³³, cosa que otorgaba a los niños un grado de compromiso con la guerra en la que su país había dedicado todos sus esfuerzos. Por si esto no fuera poco, a partir de 1894 se produciría literatura juvenil que, insidiosamente, presentaba a los chinos como malvados enemigos³⁴. La prueba

³² Hasta después de la Primera Guerra Mundial, la hostilidad de los japoneses contra los europeos y norteamericanos todavía no tenía el peso que adquiriría a partir de 1939.

³³ SAYA Makito: *op. cit.*, p. 123.

³⁴ *Ibíd.*, pp. 124-128.

definitiva de que el Estado era responsable del adoctrinamiento de las nuevas generaciones de estudiantes lo encontramos en los planes educativos que se desarrollarían a partir de entonces. Los libros de texto de los alumnos de tercer grado³⁵ hacia adelante contenían lecciones bélicas de todo tipo. Para los más pequeños; canciones y fábulas de la guerra contra la dinastía Qing. A medida que iban superando cursos, los estudiantes eran aleccionados sobre las batallas más importantes del conflicto y sobre la historia de China, Corea o Mongolia, siempre de una manera tendenciosa. Las epístolas de combatientes japoneses eran de lectura obligatoria y era necesario que el alumno aprendiera las características del servicio militar. Todo ello aliñado con lecciones de carácter moralizante sobre la lealtad y el coraje, el deber patriótico o las cualidades del soldado modélico. Más allá de la lectura partidista que se hacía de la guerra, lo realmente trascendental es que entre 1894 y 1945, los niños japoneses crecieron en un clima extremadamente bélico, en el que las escuelas, instadas por los poderes del Estado, desarrollaron en los estudiantes la idea de que el chino, en pocas palabras, era un ser abyecto, en contraposición al japonés valeroso.

A todo esto hay que sumarle las grandilocuentes muestras de duelo nacional a los héroes de guerra caídos en combate y la proliferación de memoriales y monumentos en todo el archipiélago³⁶ (solo entre 1895 y 1906 se construyeron en Tokio hasta siete monumentos relativos a los caídos en la Primera Guerra Sino-japonesa³⁷).

Prácticamente todos los responsables de la matanza de Nanjing de 1937 y otras atrocidades cometidas durante la guerra, desde el alto mando del ejército hasta los soldados de menor rango, fueron criados y educados en este contexto.

³⁵ Alumnos de entre 8 y 9 años.

³⁶ SAYA Makito: *op. cit.*, pp. 142-154.

³⁷ *Monumento al patriotismo de los que murieron en combate o por enfermedad* (1895), *Memorial a los que sirvieron a las Fuerzas Armadas* (1895), *Monumento a las hazañas de los que sirvieron a las Fuerzas Armadas en la campaña contra los Qing* (1897), *Monumento a la Campaña contra los Qing* (1898), *Monumento a las hazañas de los que sirvieron a las Fuerzas Armadas en la campaña contra los Qing* (1901), *Monumento a los que sacrificaron sus vidas en la lucha por su país en la campaña contra los Qing* (1905) y *Monumento en memoria de los que murieron en la campaña contra los Qing* (1906).

3. 5. *Caída de la China Qing*

El legado de la guerra en China fue la evidencia de que la dinastía Qing ya no estaba capacitada para liderar el cambio que el país necesitaba. Sun Yat-sen, artífice de la China moderna, explicó en sus *Tres Principios del Pueblo* la compleja situación en la que se había sumido su país y defendió que el nacionalismo era fundamental para salir de ella. De Japón, Sun diría que era un espejo en el que mirarse en lo que a modernización e independencia respecto a Occidente se refiere³⁸. Las aspiraciones nacionales de buena parte de Asia Oriental pasaban por imitar el modelo japonés, a la vez que desde Japón se veía a estos mismos vecinos como potenciales colonias. El mismo Sun Yat-sen, junto con otros destacados ideólogos políticos y militares, lideraría la Revolución de Xinhai de 1911. Este movimiento exigía la aceleración de las reformas que debían convertir al país en una entidad competente en un mercado ya globalizado y tenía un componente de rechazo a la etnia manchú, de la que los Qing formaban parte. El mayoritario apoyo popular del que gozaban los reformistas minó toda resistencia por parte de la Casa Imperial. Este levantamiento derrocaría el gobierno Qing, poniendo fin al milenario sistema imperial chino. A partir de 1911 se estableció la República China, seriamente perjudicada por las luchas de poder entre los caudillos militares de todo el país, que se alargarían hasta 1927 con el triunfo de la Revolución del Partido Comunista y el asentamiento de los nacionalistas, dividiendo el país en dos grandes facciones. Esta coyuntura tampoco aportó al país la estabilidad necesaria.

La agresión japonesa fue la gota que colmó la paciencia de los opositores al gobierno Qing. Sin pretenderlo, la Revolución Meiji y su política expansionista habían provocado una reacción en cadena. El florecimiento de Japón en un Asia dominada por los europeos evidenció que los cambios históricos en China eran posibles y, más importante aún, la agresión japonesa puso de manifiesto que estos cambios eran alarmantemente urgentes.

³⁸ SUN Yat-sen: *Prescriptions for saving China: selected writings of Sun Yat-sen*, Hoover Institution Press, Stanford (California), 1994, pp. 222-236.

3. 6. *Pugna entre el poder militar y el civil en Tokio*

Desde los últimos años de siglo XIX y sobre todo a partir de principios del XX, coincidiendo con el periodo de mayor prosperidad económica del país, Japón estaba plagado de grupos y sociedades secretas que orbitaban alrededor del ejército. Estaban compuestas por todo tipo de individuos: activistas políticos, antiguos samuráis, espías, asesinos a sueldo... muchos de ellos lograrían introducirse en cargos ministeriales y militares y todos coincidían por su cariz marcadamente ultraderechista y ultranacionalista³⁹. Ambicionaban un Asia sometida al liderazgo del Imperio japonés a toda costa y priorizaban esta idea por delante de cualquier otro plan político. Su influencia iba más allá del ejército y su mensaje calaba en el ámbito social. La fuerza que irradiaban les permitía entrometerse en todos los asuntos administrativos, lo que irremediablemente provocó enfrentamientos con el poder civil del país⁴⁰. El gobierno, con el primer ministro a la cabeza, a duras penas era capaz de resistir la invasión de competencias de los militares. Como veremos, la política exterior japonesa seguiría una tendencia expansionista, aunque esto no implica que el gobierno del país fuera el promotor de esta inclinación imperialista. Las decisiones que Japón tomó respecto al resto de Asia eran fruto de pugnas internas entre un poder civil más prudente y unas fuerzas militares cada vez más díscolas. Durante años, el gobierno de Tokio prefirió no encolerizar a los chinos para no dañar el comercio con su país y temió la reacción de ingleses y americanos si éstos veían peligrar sus beneficios comerciales en China⁴¹. Los militares abogaban por el enfrentamiento directo con los occidentales y el sometimiento de sus vecinos asiáticos. El papel del emperador, que debiera ser de árbitro, no fue lo suficientemente firme como para impedir que el ejército acabara por tomar las riendas de la política exterior del país.

3. 7. *El vecino hostil de Asia Oriental*

Entre 1895 y 1914, Japón centra sus esfuerzos en consolidar su esfera de influencia en Corea y Manchuria valiéndose de la victoria contra China en 1905. Las alianzas con Seúl, que no tenía ningún margen de maniobra, camuflaban una realidad: la

³⁹ John STEVENS: *Paz abundante: La biografía de Morihei Ueshiba, fundador del aikido*, Kairós, Barcelona, 1998, p. 37.

⁴⁰ Juan Pablo FUSI: *op. cit.*

⁴¹ William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea...*, p. 229.

progresiva anexión de la península coreana al Imperio japonés. Asegurar la paz en el Extremo Oriente fue el pretexto de Japón para empezar a desarrollar infraestructuras bajo su dominio en territorio continental. Industrias y líneas de ferrocarril niponas se pusieron en marcha sobre suelo coreano durante la primera década del siglo XX. Además, Japón no solo controlaba los puertos coreanos; también priorizaba la labor de sus pesqueros en toda la costa vecina. Japón sufría de superpoblación agrícola en un país que, por su orografía, no ofrecía más superficie cultivable. Para solucionar este problema, se facilitó la migración a territorio coreano de población rural japonesa, que arrendaba explotaciones agrícolas extranjeras pero producía para su país de origen. Poco a poco Tokio fue enviando burócratas para ocupar cargos en la administración coreana. A partir de 1907, aprovechando la debilidad del nuevo emperador coreano, Japón asaltó departamentos clave del país: justicia, finanzas, ministerio del Interior, policía... y desarticuló el ya de por sí pobre ejército de Corea. Controlando estos órganos de poder fue más fácil represaliar, en muchos casos mediante el asesinato, a los coreanos que se oponían al protectorado japonés. El proceso concluyó en agosto de 1910 cuando, con la excusa de proteger a los coreanos de la codicia occidental, Japón firmó con la Corte de Seúl la anexión de Corea, que definitivamente se convirtió en una colonia⁴². Así, Tokio transmitía al resto del continente que la única alternativa real a la tiranía occidental era el dominio japonés.

Por lo que respecta a la región de la China nororiental de Manchuria, Japón siguió una política parecida a la de Corea aunque no con la misma libertad de movimiento. Manchuria seguía perteneciendo a China, de modo que las potencias occidentales podían pedir cuentas a Tokio de sus planes en la región. Japón, en un equilibrio delicado, fue durante años el principal beneficiario de los recursos que hallaba en Manchuria. Siempre dentro de unos límites, los que marcaba la paciencia de Gran Bretaña y Estados Unidos, que también tenían ciertos intereses en territorio manchú⁴³.

En cuanto a la política exterior, el progreso técnico y político que había desarrollado Japón no se enfocó nunca hacia el impulso y protección del resto de sus vecinos, para así formar una coalición de potencias orientales capaz de resistir los

⁴² William. G. BEASLEY: *Japanese Imperialism 1894-1945*, Clarendon Press, Oxford, 1987, pp. 85-90.

⁴³ *Ibid.*, pp. 90-100.

envites de Europa. Tokio prefirió adueñarse de los recursos de Asia Oriental para su propio beneficio. Esta opción dejaba a los nipones en tierra de nadie, enemistados tanto con sus vecinos como con el resto del mundo occidental. La sensación de enfrentarse solos a un mapa geopolítico hostil favoreció aquellos sectores que, desde dentro del país, abogaban por el enaltecimiento de la guerra y el ultranacionalismo antes que por la concordia internacional. En un mundo en el que todos eran adversarios, solo quedaba lugar para entregarse a la noble causa japonesa, cuyo máximo estandarte era el Ejército Imperial. Era necesaria una lucha sin cuartel contra el enemigo. Sin duda, los partícipes de la Guerra del Pacífico habían vivido en este contexto de miedo al enemigo exterior. Se sabían solos frente al resto de naciones y se les había inculcado que, en estas circunstancias tan desfavorables, el exterminio del enemigo no era una opción, sino una necesidad.

4. PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Si se ha considerado que la Gran Guerra fue un conflicto de envergadura mundial es porque las potencias europeas combatientes movilizaron las colonias que poseían a lo largo y ancho del planeta para lograr sus objetivos. De este modo, el Lejano Oriente también fue uno de los escenarios del conflicto. Japón gozaba de una posición de enorme ventaja. Europa centraba toda su atención militar en las metrópolis pero mantenía sus dominios coloniales a pleno rendimiento para la causa bélica. Tokio veía como a su alrededor, territorios bajo control europeo iban quedando prácticamente desamparados. Era una oportunidad única para los que reclamaban que el país debía permanecer en la senda de la expansión imperialista. No obstante la aparente viabilidad del proyecto, debían actuar con prudencia. En 1914 el juego de alianzas estaba más vivo que nunca y en Tokio tenían que saber que la agresión a un determinado país podía provocar una reacción en cadena.

4. 1. Oportunismo de los militares

Determinar qué objetivo atacar fue relativamente sencillo. Rusia, Francia y Reino Unido eran los tres países con mayores intereses en el Extremo Oriente y también iban de la mano en la llamada Triple Entente. Así que Japón, en virtud de la alianza que tenía con los ingleses desde 1902 se posicionó a favor de los Aliados e inició la ocupación de las posesiones alemanas en China y el Pacífico⁴⁴. No solo no ofendía a las potencias predominantes en la zona, sino que atacaba una Alemania cuyos principales aliados en la Primer Guerra Mundial —austrohúngaros, turcos y búlgaros— no gozaban de la menor presencia en Asia Oriental, de modo que no tenían capacidad de intervención. Japón declaró la guerra a Alemania en agosto de 1914 y en poco más de dos meses ocupó el territorio chino arrendado por Berlín en la península de Shandong y se hizo con la línea de ferrocarril, que también estaba bajo control germano⁴⁵.

Aunque la toma de posesiones alemanas era el objetivo más visible del ejército japonés, la entrada en la Primera Guerra Mundial también era un logro para los militares por otro motivo: poder justificar ante el gobierno y el emperador un mayor gasto para

⁴⁴ Lluc LÓPEZ: *La política exterior y de seguridad japonesa*, UOC, Barcelona, 2010, p. 85.

⁴⁵ William. G. BEASLEY: *Japanese Imperialism...*, p. 114.

sus fines imperialistas⁴⁶. Expulsar a los alemanes, intimidar a los rusos y satisfacer a los británicos requería una inversión enorme en armamento. La batalla de los presupuestos que desde hacía años disputaban el gobierno y el alto mando del ejército se decantó definitivamente a favor de los últimos. Dirigir la economía era el primer paso para hacerse con el completo control del país.

4. 2. Nacionalismos enfrentados

La caída de los Qing no había resuelto los problemas de China. Yuan Shikai, presidente de la República de China desde 1911, acabaría por autoproclamarse emperador en 1915 para hacer frente al caos que reinaba en el germinante estado. Ese mismo año, otro agravio de los atosigantes japoneses —las llamadas Veintiuna Exigencias—, encendería la mecha del nacionalismo revolucionario chino. El carácter subversivo del movimiento acarreó más problemas a los propios mandatarios chinos que a los invasores japoneses. Sin embargo, a la larga se convertiría en un factor que encarnizaría la lucha entre nipones y chinos. Por lo común, el despertar de la conciencia nacional de un estado subyugado a intereses extranjeros genera una resistencia feroz contra el colonizador.

Las Veintiuna Exigencias⁴⁷ suponían el mayor intento por parte de Japón de convertir China en un protectorado, fundamentalmente en su dimensión económica. Kato Takaaki, ministro de exteriores japonés, consideró que, ante la reestructuración del mapa de intereses en China, era oportuno reajustar la relación con el país vecino, ahogando todavía más su economía. Además, era una buena manera de desestabilizar a Yuan Shikai, decididamente antijaponés⁴⁸. Yuan, a pesar de intentar una restauración imperial que él mismo encabezaba, quedó tocado de muerte y con muy poco apoyo

⁴⁶ David STEVENSON: *1914-1918: Historia de la Primera Guerra Mundial*, Penguin Random House, Barcelona, 2013, pp. 175-176.

⁴⁷ Esencialmente, las demandas trataban cinco asuntos: el reconocimiento de los derechos japoneses en Shandong, la extensión de los derechos japoneses en Mongolia y Manchuria, la dirección conjunta de la mayor empresa siderúrgica china, el acuerdo que aseguraba que los chinos no cederían territorio costero a ningún otro país que no fuera Japón y el nombramiento de asesores políticos japoneses por parte de Pekín. Esta última cuestión era la que ponía en mayor peligro la soberanía nacional china. Véase Conrad SCHIROKAUER - Miranda BROWN – David LURIE – Suzanne GAY: *A Brief History of Chinese and Japanese Civilizations*, Cengage Learning, Boston, 2013, p. 465.

⁴⁸ Yuan Shikai se opuso activamente al empuje japonés en su país mediante una política de alianzas con Estados Unidos que acabaría fracasando. Véase Joseph W. ESHERICK – C.X. GEORGE WEI: *China: How the Empire Fell*, Routledge, Nueva York, 2014, pp. 203-210.

dentro del país. Los caudillos militares no apoyaban el regreso al modelo monárquico y los nacionalistas, agrupados en torno al partido Kuomintang y su figura más destacada Sun Yat-sen, se rebelaban ante un régimen incapaz de defender los intereses de China. Las manifestaciones multitudinarias oponiéndose a los japoneses se hicieron habituales. El nacionalismo japonés, con su componente belicoso inmanente, contribuyó al despertar del nacionalismo chino. La rivalidad entre ambos países se llevaba ahora al plano ideológico. Cuando años más tarde estalló la Segunda Guerra Sino-japonesa, ya se habían escrito muchas páginas defendiendo la supremacía de uno u otro país en Asia Oriental. Estaba en juego ganarse el papel de “Reino Central”, no ya del siglo XX, sino de toda la historia pasada. El imaginario nacional de ambos países se contraponía y debía imponerse el uno al otro. Ya no se trataba de una guerra por intereses económicos, como se podría decir que habían sido los conflictos entre los dos países hasta la fecha. Se estaba gestando una guerra patriótica.

4. 3. Hacia el desamparo de China

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial desató una oleada de declaraciones de guerra entre los países que hasta el momento se habían mantenido al margen del conflicto. China fue uno de ellos, para satisfacción de los Aliados. Gran Bretaña y Francia pretendían agenciarse mano de obra barata procedente de China. Además, los buques alemanes que quedaban en China quedarían confiscados, mermando la marina germana. Sin embargo, Japón se opuso a la entrada de su vecino en el conflicto. Tokio sabía que China podía ser un apoyo decisivo en la resolución del conflicto, lo que daría lugar a la presencia de hombres de Pekín en la conferencia de paz. Los chinos podían exigir a los Aliados la recuperación de la soberanía en los territorios en los que se había expulsado a los alemanes y acordar ciertos límites para los japoneses. Nunca se llegó a dar esta circunstancia porque antes, en la primavera de 1917, los Aliados europeos habían prometido a Tokio respetar la incautación de suelo chino. Estas negociaciones se hicieron en secreto⁴⁹. Por su parte, y también a espaldas de Pekín, rusos y japoneses firmaron un acuerdo de cooperación para evitar que una tercera potencia interfiriera en su particular reparto de China⁵⁰. Para cuando se celebró

⁴⁹ David STEVENSON: *op. cit.*, pp. 483-484.

⁵⁰ Pierre RENOUVIN: *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*, Akal, Madrid, 1990, p. 346.

la Conferencia de Paz de París, los representantes de Pekín se encontraron con una asamblea muy reacia a admitir el peso de China en la victoria aliada y las expectativas de lograr un apoyo internacional que frenara a los japoneses y asegurara una cierta estabilidad dentro del país pronto se desvanecieron⁵¹.

La Conferencia de Paz de 1919 evidenció dos cosas. La primera, que China estaba prácticamente aislada de cualquier apoyo internacional en su particular pulso contra los japoneses. La segunda, que los japoneses lo sabían y exprimirían al máximo esta circunstancia. Cuando la opinión pública nipona conoció el desarrollo de las negociaciones de París, celebró que, aunque fuera indirectamente, Occidente estuviera aprobando los planes que el ya muy popular Ejército Imperial —la rápida apropiación de las posesiones alemanas había contribuido al repunte de este prestigio— tenía en China⁵². Por el otro lado, el pueblo chino tomó las calles y estalló una manifestación popular liderada por los estudiantes universitarios, que daría forma al Movimiento del 4 de Mayo. El sentimiento anti-japonés se hizo más fuerte que nunca e iba acompañado de un profundo rechazo al resto de países que habían dado la espalda a China. Este malestar fue aprovechado por Chiang Kai-shek del Kuomintang para dar una mayor forma al nacionalismo chino en contraposición al de sus enemigos⁵³. Era necesaria una unificación nacional para hacer frente a los problemas internos y externos del país.

4. 4. La cuestión racial en la Primera Guerra Mundial

El racismo y los conflictos étnicos han sido un factor determinante en las guerras que se han producido a lo largo del siglo XX. La cuestión racial en Asia Oriental sufre una transformación evidente entre las dos guerras mundiales. En Occidente, era comúnmente aceptada la clasificación racial. Los antropólogos anteriores al siglo XX habían confeccionado una jerarquización racial marcadamente etnocentrista en la que no se diferenciaba la raza biológica de la raza cultural y social⁵⁴. Cuando se hablaba de raza, se hacía referencia a la especie. Estas consideraciones científicas han quedado totalmente desacreditadas y ni siquiera el término raza se consiente en la antropología

⁵¹ Bruce A. ELLEMAN: *Wilson and China: a Revised History of the Shandong Question*, M. E. Sharpe, Nueva York, 2002, pp. 33-34.

⁵² Pierre RENOUVIN: *op. cit.*, p. 346.

⁵³ Gloria CLAUDIO – José SAAVEDRA: *China: el Regreso del Imperio del Centro*, Netbiblio, La Coruña, 2008, p. 8.

⁵⁴ Claude LÉVI-STRAUSS: *Raça i història*, Edicions 62, Barcelona, 1969, p. 34.

actual⁵⁵. Tuvo que suceder Auschwitz para que los discursos racistas quedaran obsoletos. En Asia Oriental, la masacre de Nanjing fue, quizá, la consecuencia más simbólica, por la magnitud y la brutalidad del suceso, de la ideología racista que durante años había resultado tan útil para las grandes potencias a la hora de justificar sus políticas imperialistas. Los hechos ocurridos en la capital de China en diciembre de 1937 solo se explican analizando como había evolucionado el discurso racial en Japón en los años precederos.

Durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial, como hemos visto, la idea de nación se reforzó en Japón y floreció en China. Estudiosos de ambos países trataron de buscar en ese tiempo las fuentes que les permitieran situar su patria en el núcleo de la historia de Asia. De este modo, un gran número de obras clásicas de los siglos XVI, XVII o XVIII fueron revisadas para tratar de concretar la relación de cada país respecto el resto de regiones asiáticas y no asiáticas, establecer el origen de la civilización en Oriente, delimitar qué se consideraba periferia —es decir, dónde empezaban los bárbaros— o quien había desarrollado una cultura más compleja⁵⁶. El fin último era la anteposición de una nación frente a otra, pero si hasta ahora era a nivel cultural, ahora quería llevarse a otra categoría.

En Japón, la noción de raza, tanto la propia como la ajena, muta entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Hasta la fecha, los sectores nacionalistas más recalcitrantes del país encaminaban su ideario a la equiparación de la raza japonesa con la occidental. Su argumento principal era que habían sido capaces de asimilar y desarrollar la ciencia y tecnología europeas. En cuanto a la filosofía y la religión, los nipones tenían una percepción de sí mismos muy favorable desde que en el siglo XVI persiguieron y suprimieron el cristianismo de sus islas. Su capacidad sincrética de pensamiento y creencias se unía el beneplácito divino del que gozaba su pueblo. En lo espiritual eran el pueblo asiático elegido, en lo material se habían puesto a la altura de Occidente en pocos años. Por este motivo, en 1894, el Ejército Imperial tuvo la pretensión magnánima de hacer la guerra en Asia siguiendo los preceptos europeos (véase el apartado 3. 1.). Aquello resultó una utopía, porque enfrente tenían a un pueblo no occidental y, por tanto, no compartía la condición de igual con los japoneses. Sin

⁵⁵ Marvin HARRIS: *Introducción a la antropología general*, Alianza, Madrid, 1991, pp. 133-134.

⁵⁶ Tessa MORRIS-SUZUKI: *Cultura, etnicidad y globalización. La experiencia japonesa*, Siglo XXI, Madrid, 2002, p. 48.

embargo, la Primera Guerra Mundial permitió al Ejército Imperial interactuar en el campo de batalla con un enemigo, según su perspectiva, a la altura. Así, a los prisioneros de guerra alemanes se les dispensó un trato magnífico en comparación con las penurias a las que normalmente los soldados capturados debían hacer frente. De hecho, el trato afable y respetuoso de los japoneses para con sus prisioneros se hizo popular y fraguó todavía más la imagen del japonés como un individuo servicial y de buenos modales. A partir de 1937 no quedará rastro de este trato cortés. Los prisioneros holandeses, ingleses o franceses de las colonias asiáticas conquistadas por los japoneses sufrirían el viraje radical que había dado el discurso racial en Japón.

El germen de este cambio lo hallamos, probablemente, en la Conferencia de Paz de 1919. La satisfacción que había en Tokio por las fructíferas negociaciones a costa de China pronto quedó empañada por la rotunda negativa de las potencias occidentales a aceptar la Cláusula de Igualdad Racial. La delegación japonesa en París quería la aprobación internacional de aquel discurso racial que situaba a su pueblo por encima del resto de naciones asiáticas y a la misma altura que los occidentales. La propuesta no solo fue rechazada, sino que los representantes de Tokio tuvieron que sufrir los comentarios racistas de los miembros de la Conferencia. Más allá de la despectiva actitud de los líderes mundiales blancos, Occidente y sus imperios tenían una poderosa razón para no adjudicar a los japoneses la condición de semejantes. El sistema imperialista europeo funcionaba en Asia absorbiendo los recursos del continente. El desarrollo de Japón era permitido porque posibilitaba un crecimiento técnico en toda su esfera de poder en el Extremo Oriente, lo que podía reportar todavía más ganancias. Sin embargo, reconocer a los japoneses como una raza superior suponía otorgarles la potestad de actuar como un imperio europeo dentro de Asia, lo que reduciría los beneficios a repartir en Occidente⁵⁷. Este agravio desató una oleada de animadversión hacia los países europeos. De nuevo, los ultranacionalistas se vieron favorecidos por la coyuntura. Empezaron a reformar el imaginario colectivo de la nación japonesa: ahora, los occidentales habían quedado muy por debajo de ellos. A la sazón, los chinos quedaban degradados todavía más en la particular clasificación racial que la sociedad japonesa, en especial el ejército, estaba asimilando.

⁵⁷ Robert BIEL: *El Nuevo Imperialismo: Crisis y contradicciones en las relaciones Norte-Sur, Siglo XXI*, México, 2007, 68-70.

5. RADICALIZACIÓN Y AUTORITARISMO

5. 1. Crisis económica y consolidación de los militares en el poder

Durante los años veinte, la disputa por el poder entre la clase política y los militares y grupos nacionalistas se enquistó. Japón se mantenía en un equilibrio entre el aprovechamiento de su influencia en China —en especial en la región de Manchuria— y el respeto a los acuerdos internacionales y a los propios chinos por su condición de valiosos clientes. La crisis del 29 trastocará esta quietud. El pánico bancario desatado en Estados Unidos golpeó con mayor fuerza si cabe al sistema económico japonés, que desde 1927 se encontraba sumido en la inestabilidad provocada por el masivo cierre de entidades bancarias⁵⁸. La Gran Depresión —Depresión Showa, en el caso nipón— pondría de manifiesto la ineptitud de la clase dirigente. El gobierno japonés fracasó en su intento de frenar la caída de los precios y el aumento del desempleo⁵⁹, lo que generalizó el descontento de la población. En estos años, se produce un repunte de los grupos ultranacionalistas y las sociedades secretas radicales. Muchos de estos sectores, que ahora estaban mayoritariamente constituidos por civiles, dejaron aparcada la ansiada expansión militarista para lograr un objetivo ahora prioritario: la eliminación de los partidos y la clase política y la instauración de un régimen totalitario.

El fascismo japonés surgía como respuesta a distintas ideologías: el comunismo⁶⁰, que ponía en peligro la supremacía de las élites tradicionales y despertaba recelos por su poderosa organización en China, donde podía establecerse como rival; el liberalismo, que había llevado a la ruina a Japón, en especial las zonas rurales; el intelectualismo, abiertamente democrático y cuyas ideas chocaban con la imposición del emperador como única fuente de poder; y el occidentalismo, que se veía como antítesis del tradicionalismo japonés y cuyos valores egoístas habían convertido Europa y Estados Unidos en naciones decrepitas a ojos de los sectores más patrióticos. Esta

⁵⁸ Alicia GIRÓN: *Japón: asimetrías y regulación del sistema financiero*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 2006, pp. 25-27.

⁵⁹ Junnosuke Inoue, ministro de Finanzas, estableció el patrón oro para revalorizar el yen. Su plan era eliminar los bancos y empresas insolventes, reducir al mínimo los precios internos mediante una férrea política de austeridad e incrementar las exportaciones para paliar la falta de movimiento dentro del país. La crisis a nivel mundial impidió que la demanda exterior compensara la interior. Inoue pagó los pobres resultados de su política económica siendo asesinado a manos de ultranacionalistas. Véase Àngels PELEGRÍN – Amadeu JENSANA: *Economía de Japón*, UOC, Barcelona, 2011, pp. 49-50.

⁶⁰ El comunismo japonés en los años previos a la Guerra del Pacífico había quedado narcotizado, sobre todo a partir de 1925, cuando se promulgó la Ley de para el Mantenimiento de la Paz, que permitía a la policía militar e ideológica perseguir y acabar con las llamadas “ideas peligrosas”. Véase William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea...*, pp. 271-277.

perspectiva, en la que el japonés quedaba como garante de la moralidad frente a un mundo decadente, convirtió en una urgencia la constitución de un régimen autoritario, que además pudiese reprimir el creciente número de disturbios provocado por las penurias económicas. Es indudable que la crisis económica favoreció el discurso demagógico antiparlamentario de los militares.

De este modo, a partir de la década de 1930, se sucedieron una serie de golpes de estado, aunque en muchas ocasiones eran abortados, y de intentos de asesinato de los principales líderes políticos y empresariales del país⁶¹. En 1932, muere tiroteado el primer ministro Inukai Tsuyoshi, que se oponía a retomar la política expansionista y pretendía una mayor presión fiscal sobre el ejército. Precisamente, miembros de la Armada estuvieron involucrados en su asesinato⁶². La muerte de Inukai supuso un antes y un después en la democracia japonesa; le sucedieron dos gobiernos de coalición liderados por dos militares moderados que no pertenecían a ningún partido político. Fue el principio del fin de la política de partidos. A éstos les siguieron gabinetes encabezadas por hombres del ejército de los sectores más nacionalistas y la industria del país se enfocó hacia la producción de armamento de última generación⁶³. La política de partidos en Japón había terminado y finalmente el Ejército Imperial tomaba plenos poderes en la administración del país. Hacia 1940, todos los partidos se habían disuelto⁶⁴. De puertas para adentro, los militares habían eliminado los obstáculos que le impedían desarrollar su plan imperialista. Asimismo, erigiéndose en un estado fascista, Japón controló a la sociedad de manera que el pensamiento único, en el que se aunaban supremacía racial, culto a la nación, obediencia ciega al emperador —y por ende al ejército— y odio a los enemigos extranjeros, dominara todo los aspectos de la vida japonesa.

La crisis que azotaba Japón afianzó la idea, en 1931, de expandir su imperio de ultramar⁶⁵. Si bien desde principios de siglo la industrialización del archipiélago se

⁶¹ MIKISO Hane: *Breve Historia de Japón*, Alianza, Madrid, 2003, pp. 200-206.

⁶² Carl SIFAKIS: *Encyclopedia of Assassinations: More than 400 Infamous Attacks that Changed the Course of History*, Facts on File, Nueva York, 2001, entrada "I".

⁶³ David FLATH: *The Japanese Economy*, Oxford, Nueva York, 2014, pp. 64-65.

⁶⁴ Robert A. SCALAPINO: *Democracy and the Party Movement in Prewar Japan: The failure of the First Attempt*, University of California Press, Berkeley, 1953, p. 347.

⁶⁵ En 1932, justo antes de la creación de Manchukuo, el imperio colonial japonés lo formaban Taiwán y las Islas Pescadores (arrebataadas a China mediante el Tratado de Shimonoseki en 1895), Corea (su anexión se había firmado a la fuerza con los soberanos coreanos en 1910), diversos archipiélagos en el Océano Pacífico (arrebataados a Alemania en la I Guerra Mundial) y Port Arthur.

podía considerar un éxito, el país dependía en demasía de la importación de materias primas y la producción agrícola era alarmantemente ineficiente⁶⁶. Manchuria, rica en recursos, podía solucionar esta situación. Anexionarse este territorio serviría de paso para frenar el avance de las tropas nacionalistas del Kuomintang de Chiang Kai-shek, que habían llegado hasta el norte del país logrando importantes victorias contra los jefes militares que poblaban la región. El caudillo militar de Manchuria, Chang Hsueh Liang, actuaba en connivencia con los japoneses. Sin embargo, desde Tokio advirtieron que cada vez entablaba más vínculos con el Kuomintang, igual que había hecho su padre y antecesor en el cargo⁶⁷. A ojos del ejército, su factible alianza con Chiang Kai-shek ponía seriamente en peligro la frontera coreana.

El Ejército de Kwantung, la sección del Ejército Imperial destinada en Manchuria, ideó una estrategia que justificara la ocupación de lugares clave de Manchuria a espaldas de la Corte Imperial y el gabinete de gobierno. Así, el 18 de septiembre de 1931, con el pretexto de una explosión en la línea de ferrocarril que llevaba a Mukden —provocada por los propios japoneses—, los soldados del Kwantung entraron en la ciudad e iniciaron la ocupación de toda Manchuria. Las órdenes del gobierno de frenar la ofensiva fueron ignoradas por el ministerio de la Guerra y el estado mayor del ejército⁶⁸.

Con el fin de no provocar un mayor malestar internacional —las potencias occidentales seguían teniendo derechos sobre los territorios chinos que el Ejército Imperial estaba ocupando—, Japón concibió Manchuria como un estado títere, bautizado como Manchukuo. Para ello, colocaron como Jefe de Estado al emperador manchú Pu Yi de la dinastía Qing, que la Revolución China había depuesto en 1912 cuando solo era un niño, y la administración de Manchukuo fue ocupada por japoneses. La Liga de Naciones, plenamente consciente de la farsa que Japón había orquestado en Manchuria exigió explicaciones a Tokio⁶⁹, que justificaba su actuación aludiendo a la

⁶⁶ Jean CHESNEAUX: *op. cit.*, p. 49.

⁶⁷ Chang Tso-lin, al igual que haría tiempo después su hijo, acercó posturas con los nacionalistas chinos. Una facción del Ejército Japonés, desoyendo las voces que reclamaban prudencia desde Tokio, nunca se lo perdonó. En junio de 1928 murió al estallar una bomba en la línea de ferrocarril en la que viajaba y aunque la autoría del ataque nunca fue clarificada, todas las pruebas apuntan a los altos oficiales del ejército de Kwantung. Véase Aron SHAI: *Zhang Xueliang: The General who never fought*, Palgrave Macmillan, Londres, 2012, pp. 15-17.

⁶⁸ William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea...*, pp. 257-258.

⁶⁹ Thomas W. BURKMAN, *Japan and the League of Nations: Empire and World Order, 1914-1938*, University of Hawai Press, 2008, pp. 166-171.

incapacidad de China para consolidar un Estado y a la voluntad japonesa de establecer una “paz duradera” en Asia Oriental⁷⁰. El gobierno nipón debía comprometerse ante la Liga de Naciones a retirar sus tropas de Manchukuo aun sabiendo que el Ejército Imperial se negaría. El gabinete de Tokio se encontraba en la disyuntiva de tener que contentar o bien a las potencias extranjeras o bien a su ejército —con todo el poder que éste aglutinaba—. Su elección fue muy significativa: en febrero de 1933, Japón se retiró de la Liga de naciones. Era un paso más hacia la rendición del poder civil japonés frente al militar y el portazo dado a la Liga suponía darle la espalda al resto del mundo y dirigirse hacia su propio aislamiento, entregándose por completo a los designios de los militares. El conflicto con el resto del mundo estaba servido y a Japón ya solo le quedaba el enfrentamiento directo. Y lograr la victoria.

5. 2. *Fascismo y propaganda*

A la vista de que la guerra era inapelable y que las vías políticas para solucionar el conflicto se habían agotado, Tokio decidió que el aplastamiento total del enemigo era el único desenlace admisible para el conflicto con los chinos, y para ello también necesitaba establecer una política interior adecuada. Puso en marcha una potente maquinaria propagandística para que toda la nación focalizara sus esfuerzos en este objetivo. Los disidentes políticos y todos aquellos sospechosos de tener conductas prooccidentales eran amordazados. Desde principios de siglo, la sociedad japonesa había visto como la Kempeitai, la policía militar secreta, tejía a su alrededor una red de vigilancia y represión entre todos los sectores de la población que con el paso de los años se fue estrechando y alcanzó todos los territorios que el Imperio adquiría⁷¹. Para acabar con los últimos reductos de las llamadas “ideas peligrosas” (donde se incluían asociaciones o individuos de carácter anarquista, comunista, socialista, liberal, cristiano y en algunos casos budistas y sintoístas) se actualizó la Ley para el Mantenimiento de la Paz de 1925⁷². El día a día de los ciudadanos del país era supervisado por los servicios

⁷⁰ Rustin GATES: “Solving the Manchurian Problem: Uchida Yasuya and Japanese Foreigns Affairs before the Second World War”, *Diplomacy & Statecraft*, n° 23 (2012), Routledge, pp. 23-43.

⁷¹ Mark FELTON: *Japan's Gestapo: Murder, Mayhem and Torture in Wartime Asia*, Pen & Sword, Barnsley, 2009, pp. 10-23.

⁷² Cristopher ALDUS: *The Police in Occupation Japan: Control, corruption and resistance to reform*, Routledge, Nueva York, 1997, capítulo 2.

secretos⁷³. Sin embargo, ahora se trataba de concienciar al grueso de la población no ya de no tener un pensamiento contrario al del régimen militar, sino a participar activamente en los planes nacionales del país.

Konoe Fumimaro, primer ministro en 1937 y máximo representante del ascenso del fascismo en la política japonesa⁷⁴, junto a las autoridades del ministerio de Educación, dio una forma más sólida y adaptó a los tiempos de guerra el *Kokutai*, la ideología política que definía la esencia nacional japonesa, vigente desde el periodo Meiji⁷⁵. Esta nueva versión, conocida como los *Fundamentos de la Política Nacional*, oficializaba la doctrina del Estado en lo referente a la política interior y —especialmente— exterior, y a todo lo relativo a la cultura y civilización del pueblo japonés con el objetivo de acabar con la inestabilidad social, política y económica y fomentar el Japón imperial. La distribución del texto fue masiva: más de dos millones de copias, de las que buena parte fueron destinadas a las escuelas. El folleto reforzaba las ideas ultranacionalistas que ya he presentado con anterioridad, como la supremacía racial o el derecho natural, celestial de hecho, de los nipones a ocupar tierras más allá del archipiélago por el bien común tanto de los japoneses como de los potenciales colonizados. Sin embargo, desde Tokio sabían que tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, y a la vista de la desenfrenada carrera armamentística que se estaba produciendo en Europa, la guerra contra las potencias occidentales se antojaba probable. Por esta razón, los *Fundamentos de la Política Nacional*, o “*Kokutai no Hongi*”, trataban especialmente todo aquello que diferenciaba al japonés del occidental, fundamentalmente remarcando la codicia tanto de los sistemas estatales occidentales como la de sus propios individuos. Se invitaba al japonés a formar parte de un todo; la nación, cuyos intereses se debían priorizar por encima de los de cualquier sujeto. Los valores tradicionales del mundo rural del Japón clásico, sobre los que siempre había orbitado el código ético del país, giraban en torno a la humildad, el respeto a la jerarquía, la solidaridad y la fidelidad al grupo y el culto a los dioses y al emperador. El

⁷³ Cabe destacar el papel que las Asociaciones de Vecinos tuvieron en este aspecto. Gracias a ellas, el gobierno japonés llegaba a todos los rincones del país. Véase Christopher ALDOUS: *op. cit.*, capítulo 4.

⁷⁴ Fundada por Konoe Fumimaro en 1940, la Taisei Yokusankai, literalmente “Asociación de Asistencia al Régimen Imperial” haría las veces de partido único para mantener un estado totalitario que pudiese centrar todos sus esfuerzos en la guerra.

⁷⁵ Para una mayor comprensión del significado del término y su implantación en Japón antes del siglo XX, véase Josefa VALDERRAMA, “Beyond words: the kokutai and its background”, *Revista d’Història Moderna i Contemporània*, nº 4 (2006), UAB, pp. 125-136.

texto, publicado por el ministerio de Educación era estudiado en los colegios de todo el país, lo que no debe hacernos confundir sobre quiénes eran los auténticos destinatarios del “*Kokutai no Hongi*”: los jóvenes militares, aquellos que formaban el grueso del Ejército Imperial y que durante la Guerra del Pacífico cometerían la mayor parte de las atrocidades en el frente. Que se difundiera en las escuelas nos da a entender que el adiestramiento militar empezaba antes de entrar en el cuerpo del ejército.

Las medidas educativas no acababan ni muchos menos ahí. En 1941, Japón imitó el sistema de escuelas nacionales de la Alemania nazi, cuya finalidad, y según los propios planes de estudio de la época, era la formación de “súbditos imperiales”. Todas las asignaturas estaban impregnadas de temas bélicos o hacían apología de la nación imperial. A medida que la guerra fue avanzando, el sistema educativo japonés degeneraría hasta el punto que los estudios tradicionales serían sustituidos por todas aquellas labores que corresponderían a los adultos ausentes en la retaguardia; los escolares japoneses pasaron a trabajar en fábricas y en el campo para proveer de suministros básicos al ejército. Conforme la guerra se acercó a su fin, y a medida que el Ejército Imperial naufragaba en todo el frente asiático, la interrupción de los estudios superiores fue obligada. En diciembre de 1944 cerca de 28.000 universitarios y 17.000 estudiantes de escuelas superiores fueron enviados al frente⁷⁶. La mayoría de ellos llegaban al campo de batalla con las ideas del totalitarismo japonés perfectamente inculcadas⁷⁷.

5. 3. *Estallido de la Segunda Guerra Sino-japonesa*

En la Segunda Guerra Sino-japonesa actúan tres fuerzas bien diferenciadas: la China comunista, liderada por Mao Zedong; la China nacionalista, liderada por Chiang

⁷⁶ AKEMI Saito, “Niños y jóvenes en el Japón: encuadramiento y adoctrinamiento durante la Guerra de Asia-Pacífico (1931-1945)”, *Jóvenes y dictaduras de entreguerras: Propaganda, doctrina y encuadramiento: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España* (coord. Conxita Mir), Milenio. Lleida, 2007, pp. 87-111.

⁷⁷ Para reforzar todavía más el discurso racista, los estudiantes que eran enviados al frente como soldados, lo hacían acompañados de las que fueron conocidas como “novias de Manchuria”. Estas chicas, en su mayoría menores de veinte años, formaban parte del proyecto a largo plazo de colonización de Manchukuo y su presencia en el continente era para preservar la raza japonesa. El gobierno totalitario nipón asignaba a la mujer una función meramente reproductora. El plan colonizador quedó abortado con el fin de la guerra y la retirada de las tropas japonesas en 1945. Las familias formadas por jóvenes parejas japonesas en territorio manchú quedaron totalmente desamparadas y dio lugar al drama de “los niños de Manchuria”, otro daño colateral de las políticas raciales de Tokio. Véase AKEMI Saito: *op. cit.*

Kai-shek; y Japón, gobernado de facto por los oficiales del ejército. Según la perspectiva de estos tres actores, que se mantiene en buena medida en la actualidad, la guerra no empezó hasta 1937⁷⁸. Sin embargo, desde 1931 existía en Manchuria una resistencia armada al invasor. Las escaramuzas fueron constantes hasta 1937, por lo que se podría considerar que el conflicto bélico empieza, en realidad, en 1931.

A pesar de los incidentes protagonizados por tropas japonesas y chinas durante estos años, Tokio trataba de negociar con Nanjing⁷⁹ las condiciones que evitaran el recrudecimiento del conflicto y a la vez le permitieran seguir expandiendo su área de influencia sobre China⁸⁰. Los nacionalistas no estaban dispuestos a aceptar los planes que Japón tenía para el norte del país y el Sudeste Asiático y consideraron una tregua con los comunistas. O lo que es lo mismo; aplazar el conflicto civil dentro del país para hacer frente común al enemigo japonés. Cuando el acuerdo entre Mao y Chang Kai-shek se refrendó, la cúpula militar de Tokio decidió que la guerra sin paliativos era la única solución. La tensión era tal, que una serie de conflictos menores entre soldados japoneses y hombres de Chiang Kai-shek en las afueras de Pekín desató una ofensiva considerable de los nacionalistas chinos el 7 de julio de 1937, que fue respondida con mayor contundencia por los nipones. El conflicto, conocido como el incidente del Puente de Marco Polo, significó el pistoletazo de salida a la Segunda Guerra Sino-japonesa.

⁷⁸ Los comunistas, con el Partido Comunista de la República Popular de China a la cabeza, mantienen que no fue hasta 1937 que empezó la guerra de resistencia patriótica frente al enemigo japonés, cuando pudieron organizar sus propias fuerzas. Los nacionalistas, cuyos herederos forman la República de China, en Taiwán, consideran que en esa misma fecha los nipones atacaron por primera vez el territorio bajo su control y, por lo tanto, atacaban China. Los japoneses, en especial aquellos que defienden el discurso revisionista de los hechos, defienden que no es hasta 1937 que empieza el conflicto contra China porque hasta entonces las acciones bélicas sucedían en Manchuria —o Manchukuo—, de modo que el conflicto se situaba, a su entender, en un estado independiente de China. Véase Sarah. C. PAINE: *The Wars for Asia, 1911-1949*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012, p. 123.

⁷⁹ En 1927, Chiang Kai-shek había instalado su partido, el Kuomintang, en Nanjing y había convertido esta ciudad en capital del país, iniciando un periodo de cierta estabilidad marcado por las negociaciones con japoneses y comunistas. Este periodo es conocido como la Década de Nanjing y terminó abruptamente con la sangrienta entrada del Ejército Imperial japonés en la ciudad en diciembre de 1937. Véase Conrad SCHIROKAUER – Miranda BROWN: *A Brief History of Chinese Civilization*, Cengage Learning, Boston, 2013, pp. 303-305.

⁸⁰ Entre estas negociaciones, destacan las concernientes al reconocimiento chino de Manchukuo, el pacto anticomunista, el cese de las actividades y manifestaciones antijaponesas en China o el acuerdo de distintas treguas o zonas desmilitarizadas. Además, Tokio buscaba apoyos en movimientos políticos regionales chinos del norte del país que estuvieran dispuestos a aceptar el dominio colonial japonés. Véase William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea...*, pp. 286-287.

6. GUERRA EN EL PACÍFICO

6. 1. *Atrocidades en el frente y en la retaguardia*

La invasión de China en 1937 fue acompañada de ataques japoneses en todo el Sudeste Asiático y buena parte de las islas y archipiélagos del océano, lo que significaba el inicio de la Guerra del Pacífico. A partir de septiembre de 1940 el conflicto quedaría englobado dentro de la Segunda Guerra Mundial pues fue entonces cuando Japón firmó una alianza militar (Pacto del Eje o Pacto Tripartito) con las también fascistas Alemania e Italia. Además, la sombra del Ejército Imperial, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, amenazaba ahora las posesiones de ultramar de holandeses, ingleses o franceses. No es labor de este trabajo analizar los movimientos militares y las batallas que se produjeron en Asia y el Pacífico⁸¹. En este apartado examino más bien tanto las matanzas que se llevaron a cabo como las actitudes que las permitieron ya en el frente.

—**6. 1. 1. Bombardeo de Shanghái:** en agosto de 1937, la ciudad portuaria de Shanghái, apenas a 300 km de la capital Nanjing, fue el escenario del enfrentamiento entre los nacionalistas de Chiang Kai-shek y las tropas japonesas. Chiang Kai-shek, previendo que la caída de Shanghái era cuestión de días trató por aquellos días de reunir un cierto apoyo internacional que no llegaría a materializarse, lo que ya era una constante en China en los últimos meses. A pesar de contar solo con la ayuda momentánea de los comunistas de Mao, el ejército nacionalista resistió más de lo que cabía esperar, de modo que los japoneses tomaron medidas más drásticas: el bombardeo aéreo y naval sobre la ciudad. No había objetivos militares en Shanghái, solo se trataba de una maniobra para desgastar la resistencia de la población⁸². La importancia del suceso reside en el hecho que el bombardeo sobre Guernica en la Guerra Civil de España, tan solo cuatro meses antes, había suscitado una conmoción internacional sin precedentes por tratarse de uno de los primeros bombardeos sobre población civil de la historia. Que esta práctica se generalizara en la Segunda Guerra Mundial no quita que el ataque sobre Shanghái fuera pionero por su truculencia⁸³.

⁸¹ Para una idea global del transcurso de la Guerra del Pacífico véase Sarah. C. PAINE: *op. cit.*, capítulos 6 y 7.

⁸² Harry G. GELBER: *El Dragón y los Demonios Extranjeros: China y el mundo a lo largo de la historia*, RBA, Barcelona, 2007, pp. 283-286.

⁸³ Al igual que la guerra civil española, la guerra entre China y Japón sirvió de campo de pruebas de los métodos militares empleados a gran escala a partir de 1939. Por eso, es significativo el paralelismo que se puede establecer entre Barcelona y Shanghái, que al mismo tiempo pero en puntos del planeta totalmente

—6. 1. 2. **Masacre de Nanjing:** tras la caída de Shanghái, el siguiente objetivo fue Nanjing, ciudad que también tuvo que soportar el bombardeo de la aviación nipona. La capital de China cayó en diciembre de 1937 en medio del caos de las tropas que debían defenderla. Aunque muchas huyeron en desbandada, cuando los japoneses entraron en la ciudad se encontraron con una cantidad ingente de soldados chinos blandiendo la bandera blanca. Se ordenó la ejecución sumaria de todos ellos. Para ello se emplearon distintos métodos, entre los más comunes encontramos: conducir a los hombres chinos a la orilla del Yangtsé donde eran ametrallados y su única alternativa era morir ahogados en el río; también eran hacinados en edificios que posteriormente se incendiaban; y, por último, o bien los enterraban vivos o bien eran asesinados a bayonetazos. Una vez deshechos de los soldados, los japonesas iniciaron una oleada de violaciones sobre las mujeres de la ciudad (en una misma noche se podían llegar a contar más de mil casos en la ciudad), incluidas niñas, ancianas y embarazadas. Los colegios eran asaltados para raptar y violar a sus alumnas⁸⁴. Los hombres que pretendían defender a sus esposas, hermanas o hijas eran tiroteados. Muchas mujeres que por la noche eran secuestradas aparecían a la mañana siguiente muertas con evidentes signos de tortura. John Rabe fue el creador de la Zona de Seguridad de Nanjing que debía asegurar, valiéndose de los tratados internacionales, la vida de todos aquellos civiles que buscaran su cobijo⁸⁵. No obstante, aquel perímetro teóricamente a resguardo de los japoneses fue continuamente quebrantado, ya fuera para cometer robos o para violar a las mujeres y asesinar a los hombres sospechosos de haber luchado en la guerra⁸⁶.

alejados y en conflictos de naturaleza muy distinta estaban soportando los bombardeos navales y aéreos de fuerzas totalitarias.

⁸⁴ Laurence REES: *El Holocausto Asiático: Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2009, p. 42.

⁸⁵ John Rabe (1882-1950) fue un destacado hombre de negocios (era representante de Siemens en China) y diplomático nazi por su papel en la masacre de Nanjing, por el que es considerado un héroe en China. Sus diarios constituyen un valioso testimonio del horror vivido en Nanjing entre diciembre de 1937 y febrero de 1938, cuando el gobierno de Adolf Hitler solicitó su retirada de la ciudad para no entorpecer las buenas relaciones de las que gozaban Berlín y Tokio. Estos diarios, junto con sus despachos, se pueden consultar en Erwin WICKERT (ed.), *The Diaries of John Rabe: The Good German of Nanking*, Little, Brown and Company, Londres, 1998.

⁸⁶ En 1939, el editor Shuhsi Hsu publicó una serie de documentos que en su mayoría provenían de la Zona de Seguridad de Nanjing. Estos documentos se pueden considerar como un catálogo de los horrores ocurridos en Nanjing después de su rendición; una relación de todas las acciones que los soldados japonesas cometieron en la ciudad —o al menos de las que los responsables de la Zona de Seguridad tenían constancia—, desde las ejecuciones sumarias hasta los hurtos de pequeños objetos de valor. Todo ello con una precisión asombrosa, que permite conocer hora, fecha y lugar de asesinatos y violaciones. Estos documentos permiten conocer una por una las atrocidades que sufrieron los habitantes de la capital

—**6. 1. 3. Canibalismo:** en las zonas más remotas de las islas del Pacífico se han encontrado evidencias de canibalismo practicados por soldados japoneses no de un modo aislado sino más bien como práctica de grupo organizada. En Nueva Guinea la antropofagia fue asidua y la carne podía provenir de compañeros o autóctonos del lugar muertos durante la batalla, pero también fue habitual asesinar a los prisioneros de guerra, la mayoría australianos, con el objetivo de alimentarse con sus restos⁸⁷. En las zonas rurales de China se llegaron a dar casos en que regimientos japoneses violaban, asesinaban y se comían a una misma mujer⁸⁸.

—**6. 1. 4. Ocupación de las colonias occidentales:** las ansias imperialistas japonesas debían toparse, tarde o temprano, con los reductos de europeos que formaban las élites de las colonias de buena parte del Sudeste Asiático y el Pacífico. Como se ha visto, el desprecio a lo occidentales ya estaba, por aquel entonces, perfectamente asimilado en la mente de las tropas niponas. En diciembre de 1941, la colonia británica de Hong Kong fue asediada por los japoneses. La aviación arrojó proyectiles incluso sobre centros hospitalarios. Parte del personal sanitario de la colonia, con un alto porcentaje de médicos ingleses, fue asesinado. Durante la invasión de Hong Kong, los japoneses prefirieron violar a las mujeres occidentales antes que a las chinas, seguramente convencidos de la bajeza de la raza china que les habían inculcado. Hacia el final de la guerra, la población de Hong Kong se había reducido a la mitad. En Java, uno de los puntos más importantes de las Indias Orientales holandesas, los japoneses organizaron un sistema de burdeles en el que fueron obligadas a trabajar mujeres de nacionalidad neerlandesa⁸⁹. El trato dispensado a los prisioneros de guerra occidentales poco tuvo que ver con el que se había dado en la Primera Guerra Mundial a los cautivos alemanes. Soldados generalmente británicos, australianos y estadounidenses fueron hacinados en campos de trabajo en condiciones higiénicas y alimentarias ínfimas. El asesinato arbitrario de muchos de ellos fue recurrente.

—**6. 1. 5. Lecciones sanitarias con cobayas humanas:** la poca instrucción médica del personal militar que Japón destinó a China fue solucionado por el alto

de China. Pueden consultarse íntegros dentro de Timothy BROOK: *Documents on the Rape of Nanking*, University of Michigan Press, Ann Arbor (Michigan), 2000.

⁸⁷ Laurence REES: *El holocausto...*, pp. 124-131.

⁸⁸ Laurence REES: *Los Verdugos y las Víctimas: las páginas negras de la historia de la segunda guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2008, pp. 77-82.

⁸⁹ Laurence REES: *El holocausto...*, pp. 103-110.

mando enseñando a los soldados tareas básicas de curación en el mismo frente. Para ello, fueron utilizados como cobayas humanas civiles chinos, la mayoría granjeros que vivían en los territorios en los que los regimientos nipones se asentaban durante su avance. En muchos casos, médicos poco especializados y soldados sin ningún tipo de experiencia practicaban la extracción de apéndice (la apendicitis era una situación a la que los reclutas se enfrentaban en muchos casos, así que era necesario que aprendieran a tratarla). De igual manera, para aprender a sanar heridas de bala, bayoneta o amputaciones, se disparaba, acuchillaba o descuartizaba a los agricultores chinos del lugar. Puesto que los recursos en el frente eran escasos, nunca se empleaba anestesia durante las operaciones quirúrgicas. Las víctimas morían entre terribles dolores y, de hecho, en ningún momento el personal sanitario pretendía mantenerlas con vida.

—**6. 1. 6. Escuadrón 731:** con el pretexto de contrarrestar los peligros epidémicos en el frente chino y promover mejoras logísticas, Japón estableció una unidad científica, el Escuadrón 731, en la región de Harbin, Manchuria. Sin embargo, el interés oculto que escondían aquellas instalaciones era la fabricación de armamento biológico. Para ello se utilizó a los habitantes de la región para llevar a cabo experimentos sobre sus propios cuerpos. Los médicos inoculaban enfermedades contagiosas como el tifus o la sífilis, provocaban embolias inyectando aire en las venas o encerraban a los pacientes en centrifugadoras hasta que morían. Se llevaba a los cuerpos al límite del dolor humano (congelación, amputación, disección, etcétera)⁹⁰. Los experimentos también se realizaron en madres y bebés chinos y prisioneros de guerra rusos y americanos. El resultado de estas atrocidades era la creación de armas bacteriológicas que se utilizaron contra el ejército chino, como las ratas infectadas con peste bubónica⁹¹.

—**6. 1. 7. Burdeles militares:** el Ejército Imperial promovió un sistema de “mujeres de compañía” que debían aliviar las necesidades de los cientos de miles de soldados movilizados al frente. En un primer momento se trató de enviar prostitutas japonesas al continente, pero pronto la demanda se desbordó y empezó el reclutamiento sexual de chicas coreanas, chinas, filipinas y de todas las nacionalidades por donde el ejército avanzaba. O bien eran llevadas a los burdeles militares a la fuerza o bien

⁹⁰ Christopher HUDSON: “Doctors of Depravity”. Daily Mail, 2 de marzo de 2007. Consultado el 2 de junio de 2015 en <http://www.dailymail.co.uk/news/article-439776/Doctors-Depravity.html>

⁹¹ Sharad S. CHAUHAN: *Biological Weapons*, APH, Nueva Delhi, 2004, pp. 183-188.

engañadas. Jóvenes coreanas de la zona rural vieron con buenos ojos la oferta que les hacían los japoneses: abandonar las regiones pobres donde vivían e ir a servir al Ejército Imperial lavando uniformes o limpiando barracones. Además, era un gran orgullo para ellas ponerse al servicio de aquellos hijos del emperador⁹². Sin embargo, pronto serían internadas en burdeles y obligadas a tener relaciones sexuales con los miles de soldados que a diario concurrían aquellos lugares. Eran violadas desde el amanecer hasta la medianoche mientras sufrían otras torturas corporales, y cuando los regimientos se movilizaban, debían acompañar a las tropas, en marchas agotadoras que conducían a muchas de ellas a la muerte. Se estima que en el total de la guerra se violaron en estos centros entre 80.000 y 100.000 mujeres mediante un sistema que había sido promovido y legislado por el Estado japonés⁹³.

6. 2. *Adiestramiento, actitudes y decisiones en el frente*

En el frente, el adoctrinamiento al que los japoneses habían sido expuestos durante años fue radicalizado más aún si cabe. Si las ideas preestablecidas con la que los soldados llegaban a la guerra ya propiciaban sucesos como los repasados en el apartado anterior, el régimen de intimidación sistemática al que fueron sometidos incrementó esta posibilidad. Los soldados eran maltratados por sus superiores mediante azotes, brutales palizas o dejándoles pasar hambre. Estos mismos superiores forzaban a sus hombres a golpearse entre ellos, creando un clima de extrema competitividad para agradar a los generales. Ningún error era tolerado y cualquier desliz era castigado severamente. Además, no existían las responsabilidades individuales, por lo que todos los castigos eran tanto para el infractor como para sus compañeros. Esta competitividad se aunaba con el espíritu del grupo y el miedo a quedarse atrás. Todo soldado que no siguiera estrictamente las órdenes que recibía corría el riesgo de convertirse en un paria, situación que incrementaría los maltratos de los cabecillas y los compañeros de regimiento. La presión del grupo era asfixiante y se convirtió en el *leitmotiv* de la psicología militar del Ejército Imperial, sin olvidar la sempiterna omnipresencia del emperador en todos los aspectos de la vida diaria del soldado. La enseñanza de la

⁹² Aquellas muchachas coreanas ya habían nacido en una Corea formalmente colonizada por japoneses desde 1910, de modo que recibieron la misma educación que hemos visto que impulsaba Tokio, de la cual uno de sus pilares básicos era la obediencia ciega al emperador.

⁹³ Laurence REES: *El holocausto...*, pp. 44-50.

normativa internacional de guerra brilló por su ausencia y en el grueso del ejército reinaba un absoluto desconocimiento de cómo actuar frente a población civil, personal sanitario o casos de rendiciones enemigas⁹⁴.

Esta angustiada presión por complacer a los superiores y, siguiendo la cadena jerárquica, al emperador-dios, propició la aparición de numerosos ritos “iniciáticos” en los que los soldados debían cometer actos extremos. Estas pruebas de fuego diferenciaban a aquellos que estaban preparados para la tarea divina de defender al Ejército Imperial de los simples cobardes. Y nadie quería ser un cobarde. Uno de estos ritos de admisión fue el asesinato de civiles con las bayonetas. Como ocurrió en Nanjing, cada soldado debía arremeter con su arma y asesinar a un individuo indefenso que solía estar atado a un palo. Les convencían de que formaba parte de su aprendizaje, que debían acostumbrarse a la sensación de matar para que en el campo de batalla no dudaran ni un segundo. Era, pues, por su propio bien. Cuanto más salvaje era el crimen cometido, mayores tabúes se rompían. Existen pruebas que evidencian la práctica del canibalismo en zonas donde no escaseaba la comida, lo que demostraría la existencia de estos ritos siniestros. Romper con los tabúes (violar, matar, alimentarse de carne humana...) en comunidad favorecía la cohesión del grupo, pues compartir la responsabilidad de las fechorías unía a los miembros del regimiento.

Durante esta violenta instrucción militar, los superiores del ejército culminaron el proceso de deshumanización del enemigo para suprimir cualquier atisbo de duda o culpabilidad en sus hombres. Les enseñaron que los chinos debían ser tratados como “perros”, “cucarachas” o “basura”. El proceso de animalización llegó a tal punto que entre las tropas niponas se popularizó el uso del término “chankoro” (cerdo) en alusión a los chinos. Los japoneses eran repetidamente advertidos de que el comportamiento de sus enemigos se asemejaba al de las ratas: se escondían, eran infectos y atacaban a traición. Les enseñaron a odiar a los chinos. Además, vivían en un continuo clima de revanchismo; por cada contraataque de las fuerzas nacionalistas o comunistas chinas, los japoneses eran exhortados a devolver el golpe con una fiereza aún mayor. Cada enemigo abatido era un muerto que podían ofrecer al emperador.

⁹⁴ TACHIKAWA Kyoichi, “The Treatment of Prisoners of War by the Imperial Japanese Army and Navy Focusing on the Pacific War”, *NIDS Security Reports*, nº 9 (2008), pp. 45-90.

Resulta paradójico que las violaciones estuvieran tipificadas como delito en el ejército, pero lo cierto es que todo el organigrama las permitía y muchos superiores las practicaban e incitaban a los soldados de menor rango a tener relaciones sexuales con la mujer que acababan de violar. En el siniestro lenguaje tácito del ejército, aquello era una invitación a codearse con los miembros más destacados del grupo y una posibilidad de agradar, y por tanto ascender, en la cúpula militar. La teórica prohibición de violación fue el pretexto para que el alto mando ideara el hipócrita sistema de burdeles militares, en el que debían trabajar prostitutas profesionales. Ni las mujeres que se emplearon eran prostitutas, ni se presentaron como voluntarias, ni percibieron compensación económica, ni sirvió para que las violaciones arbitrarias en pueblos y ciudades aminoraran; fue un método con el que Tokio pretendió encubrir las violaciones en masa que su ejército estaba cometiendo.

Por lo que respecta al canibalismo y al trato a los prisioneros de guerra, están estrechamente relacionados con el devenir de la guerra y las decisiones, a la larga insensatas, que tomaron los oficiales del ejército en el gobierno. El avance de Japón en todos los frentes que tenía abiertos fue fulgurante desde el inicio de la guerra. Sin embargo, mantener aquella enorme cantidad de territorios ocupados suponía un derroche de hombres y recursos. Además, las maniobras aliadas para dejar sin suministros al archipiélago tuvieron su efecto. A Japón la guerra se le hizo larga. El ataque a Pearl Harbor fue la gota que colmó el vaso, pues puso en su contra toda la maquinaria bélica americana. A partir del verano de 1942, los japoneses empiezan a perder terreno y una por una las islas que había ido poseyendo caen en manos de los Aliados. La ceguera de los dirigentes militares o el código de valores japonés llevado a su extremo, o las dos cosas juntas, hizo que nunca se asumiera la derrota. La rendición o la huida no se contemplaban. A los soldados japoneses les habían enseñado que solo los cobardes capitulaban, cosa que explica el menosprecio con el que fueron tratadas las milicias occidentales capturadas. Tenían la orden imperial expresa de no rendirse. Japón alargó el conflicto a pesar de que su desventaja cada vez se hacía más grande esperando o bien un golpe de suerte para las potencias del Eje en el frente europeo, o bien que las fuerzas norteamericanas se agotaran. Ninguna de las dos cosas ocurrió. De este modo, cientos de regimientos quedaron desperdigados por las islas del Pacífico completamente desabastecidas, causando en parte la aparición de muchos casos de canibalismo. Los japoneses se morían de hambre. El trato dispensado a los prisioneros de guerra se fue

recrudeciendo a medida que los soldados nipones eran conscientes de su propio abandono y de que la derrota de su país era cada vez más cercana. Sabían que en cuestión de tiempo, los compañeros de los soldados que tenían prisioneros aparecerían y los masacrarían. En este contexto, los asesinatos y la tortura de los prisioneros de guerra se hicieron por puro desquite. No obstante, el maltrato de prisioneros de guerra fue un problema endémico desde el inicio del conflicto. Las tropas japonesas no se esperaban que los occidentales se rindieran con tanta facilidad y en un número tan grande. Así, desde el comienzo de la guerra la situación desbordó a los militares y el abastecimiento calculado para estas situaciones fue insuficiente. No había comida para todos. Cada prisionero de guerra muerto era un alivio, de modo que o bien se les desatendía por completo o bien eran asesinados.

En un plano más global, debemos entender el marco incomparable que es la guerra. Los soldados japoneses vivieron en la línea enemiga durante cuatro, cinco o más años. Durante este tiempo, sometidos a las palizas, el adoctrinamiento y las inclemencias, quedaban trastornados. Los japoneses que sobrevivieron a aquella situación hacen referencia a la excepcionalidad de la guerra; las circunstancias en el frente los convirtieron en perturbados⁹⁵.

⁹⁵ El contenido que aparece en este último apartado se basa en los testimonios directos de estas vivencias que aparecen diseminados a lo largo de *El Holocausto Asiático...* y en los episodios dedicados a Japón en *Los verdugos y las víctimas...*, ambos de Laurence Rees, ya citados con anterioridad.

7. DESPUÉS DE LA BARBARIE

El desmoronamiento del Imperio japonés fue a mayores a partir de 1944. En Tokio empezaron a posicionarse oficiales que, rendidos a la evidencia, trataban de negociar con Estados Unidos una paz que permitiera al país acabar el conflicto de una manera más o menos digna. A pesar de ello, tuvieron más peso los sectores que se negaban a pactar con el enemigo. Aunque la idea de que Estados Unidos terminara desgastándose ante la feroz resistencia del Ejército Imperial empezaba a vislumbrarse como una utopía, muchos preferían seguir la consigna del “morir matando”. Washington aprovechó esta coyuntura para poner encima de la mesa todo su poderío nuclear. Así, el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki los días seis y nueve de agosto de 1945 sirvió tanto para intimidar a la Unión Soviética en el nuevo marco de la Guerra Fría que empezaba a desarrollarse como para propiciar la rendición definitiva del Imperio del Japón, firmada el 2 de septiembre de 1945.

7. 1. Identificar a los responsables

Incluso antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, los Aliados ya habían organizado tribunales de guerra para los crímenes militares perpetrados por los japoneses. Tokio se había metido en un callejón sin salida y en la fase final de la guerra sus tropas se limitaban a resistir en los territorios que hasta entonces habían conquistado triunfalmente hasta que eran expulsadas o aniquiladas.

En marzo de 1944 nació una subcomisión del Comité para la Investigación de Crímenes de Guerra, creado por las Naciones Unidas, centrado en los delitos cometidos en el Lejano Oriente y el Pacífico. La China nacionalista de Chiang Kai-shek, todavía en disputa contra los comunistas, fue la principal colaboradora de esta organización, recogiendo el testimonio de los delitos que los japoneses habían ejecutado en su país. Más adelante, ya con la llegada del Coronel MacArthur y la transformación de Japón en un protectorado norteamericano, se estableció el definitivo Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, también conocido como el Tribunal de Tokio. La magnitud de los hechos que se dirimían queda demostrado en las cifras que envolvieron los juicios: una audiencia de más de 200.000 personas y 419 testigos, la transcripción

del juicio completo comprendía 49.000 folios que recogían centenares de declaraciones y, por último, la duración del proceso, que se alargó hasta los dos años y medio⁹⁶.

A pesar del examen concienzudo que se realizó de los actos del Ejército Imperial, lo cierto es que la gran mayoría de culpables nunca pagó por sus delitos. Es el caso de la mayoría de agentes de la Kempeitai que, dispuestos en los frentes del Pacífico y el Sudeste Asiático, se habían dedicado a la tortura de los prisioneros aliados. Tras la rendición de Japón, su rastro se perdió entre los miles de reclutas nipones que eran devueltos a sus lugares de origen. Sus víctimas, aquellas que sobrevivieron y podían presentar cargos, tras la liberación fueron retornadas inmediatamente a Europa y Estados Unidos y la mayoría jamás volvería a Asia Oriental⁹⁷. En general, los soldados rasos, aquellos que durante años de formación académica y militar, más el tiempo que estuvieron en el frente, se habían nutrido de la perniciosa instrucción ultranacionalista y que finalmente habían certificado el éxito de este adoctrinamiento sembrando el terror allí por donde pasaron, no recibieron ningún castigo por sus actos. La empresa de identificar culpables y distribuir penas en un ejército que contaba con millones de efectivos repartidos en un radio de miles de kilómetros se antojaba imposible para los Aliados. En consecuencia, los objetivos prioritarios del Tribunal Militar fueron los instigadores de aquella doctrina; la cúpula del Ejército Imperial.

7. 2. *Culpables e indultados*

La resolución de los juicios acabó por tener muchas lagunas y China se mostró profundamente insatisfecha, una postura que sigue manteniendo en la actualidad. Para entender las decisiones que adoptaría el Tribunal debemos poner atención en el papel que ejerció Estados Unidos en el asunto. A diferencia del Tribunal de Núremberg, el proceso equivalente para el caso nazi, el Tribunal de Tokio se creó por orden del Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas en el Extremo Oriente (el general MacArthur) y no a través del consenso internacional de todas las fuerzas Aliadas⁹⁸. De aquí se deriva que los intereses norteamericanos prevalecieron sobre el resto. La

⁹⁶ Iris CHANG: *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*, Basic Books, Nueva York, 1997, pp. 169-172.

⁹⁷ Mark FELTON: *op. cit.*, pp. 204-205.

⁹⁸ Aunque la posición de Estados Unidos era ventajosa, el Tribunal de Tokio también contaba con representantes de Australia, Canadá, China, Filipinas, Francia, Gran Bretaña, India, Nueva Zelanda y Países Bajos, en calidad de naciones agredidas por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial.

coyuntura internacional hacía presagiar la división del mundo en dos grandes bloques y Estados Unidos veía que Asia Oriental quedaba muy alejada de su área de influencia. La presencia de la Unión Soviética y las victorias que el ejército comunista de Mao estaba logrando en la guerra civil china convertían Japón en un aliado indispensable en el Lejano Oriente. Washington resolvió que necesitaba mantener una élite política japonesa que impidiera un vacío de poder en Tokio que pudiese ser ocupado por los movimientos de izquierda que tan largo tiempo habían permanecido amordazados en el archipiélago. Para evitar la temida ruptura política, fue inevitable hacer la vista gorda con buena parte del aparato administrativo japonés. De entre toda la cúpula del gobierno y el ejército japonés, solo 28 miembros fueron juzgados. Todos fueron declarados culpables: 21 de ellos castigados con la cadena perpetua y los otros 7, como criminales de guerra del tipo A (la clasificación más grave), a muerte. Entre los últimos, destaca la presencia de Hideki Tojo, Primer Ministro entre 1941 y 1944⁹⁹.

La ausencia más polémica en el banquillo de acusados fue la del emperador Hirohito. Estados Unidos era consciente de la importancia de aquel símbolo y MacArthur mantuvo al monarca alejado del tribunal, a pesar de que su presencia fue enérgicamente reclamada por las otras potencias por su condición de líder supremo del Ejército Imperial¹⁰⁰. En la jerarquía militar, él era el que ocupaba el escalafón más alto y por lo tanto podía ser considerado máximo responsable de los crímenes. De nuevo pensando en el marco de la Guerra Fría, Washington reformuló la figura imperial¹⁰¹ y mantuvo a Hirohito en el cargo, como cabeza de Estado, símbolo de la unidad del pueblo y garante del nuevo orden en Japón, indispensablemente capitalista. El papel del emperador en la guerra fue y sigue siendo discutido. No solo la cuestión que aquí nos atañe —la responsabilidad en las atrocidades cometidas por sus soldados—, sino también por la decisión de atacar abiertamente a Estados Unidos o el alargamiento del conflicto cuando la derrota nipona era flagrante, lo que supuso una mayor cantidad de

⁹⁹ Andrea Verónica FRASCHINA: “Análisis comparativo de la competencia de los distintos Tribunales Penales Internacionales e Internacionalizados”, *Colección Veracruz*, nº 21 (2008), Fundació Càtedra Iberoamericana, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, pp. 17-18.

¹⁰⁰ James BURNHAM: *The Trial Within: Negotiating Justice at the International Military Tribunal for the Far East, 1946-1948*, University of Canterbury, 2004, pp. 228-229.

¹⁰¹ En la Constitución de 1945, redactada por los americanos e impuesta a los japoneses, que solo pudieron realizar modificaciones menores. De entre todas las variaciones respecto a la Constitución Meiji de 1889 relativas al emperador, destaca la substitución de la fuente de poder del monarca: ahora ya no era divina, sino que procedía de la voluntad del pueblo japonés. Véase Salvador RODRÍGUEZ: *op. cit.*, pp. 56-64.

víctimas evitables en uno y otro bando. El discurso más frecuente es el que utilizó Washington para eximirle de responsabilidades tras el fin de la guerra; aquel que dice que Hirohito estaba atado de pies y manos por el ala más radical del ejército¹⁰², habiendo sucumbido, como antes habían hecho las formaciones políticas, a la presión que ejercían estos grupos. Esta posible realidad no impide que su actuación deba ser revisada para dilucidar hasta qué punto la actitud del monarca vaciló entre la falta de autoridad, la permisibilidad y la complicidad.

El caso de la masacre de Nanjing ejemplifica la problemática a la que se enfrentaban las autoridades judiciales. Si bien los miembros de la Zona de Seguridad de Nanjing habían tomado nota concienzudamente de todos los robos, incendios, violaciones y asesinatos que se habían producido en la ciudad —y que se contaban por miles—, su valioso testimonio solo sirvió para la condena de un único hombre. En su defensa, los japoneses minimizaron las cifras de asesinatos que las autoridades chinas manejaban. En cuanto a la naturaleza de las atrocidades cometidas, argumentaban que eran casos aislados; comportamientos arbitrarios de algunos de sus soldados, que no obedecían ningún tipo de instrucción. Es decir, negaban que se hubiese dado la orden de ejecutar a todos los soldados rendidos que quedaban en la capital. Finalmente, se condenó a muerte a Iwane Matsui, Comandante en Jefe del Ejército Imperial en la China Central. Iwane había dirigido las mismas tropas que tomaron Nanjing en la anterior conquista de Shanghái, pero no estuvo presente durante la matanza ocurrida en la capital por enfermedad. A pesar de ello, fue declarado culpable por no detener la escalada de violencia en Nanjing¹⁰³. Alrededor de 300.000 muertes —según fuentes chinas— fueron despachadas a través de la condena de un único militar que ni siquiera estuvo en el lugar de los hechos.

Otra controversia que pone de manifiesto las carencias del Tribunal de Tokio es en lo tocante a la guerra biológica y las investigaciones del Escuadrón 731. Shiro Ishii, el microbiólogo que lideró el proyecto, pactó con Douglas MacArthur su propia inmunidad y la del resto de su equipo científico. A cambio, ponía a disposición de Washington los valiosos descubrimientos biológicos que había logrado mediante sus

¹⁰² Recientemente se han podido analizar las conversaciones que el soberano mantenía con los miembros de las altas esferas del Ejército y el Gobierno. En algunos casos, incluso se puede percibir como Hirohito es amenazado por alguno de ellos. Véase NORIKO Kawamura: “Emperor Hirohito and Japan’s Decision to Go to War with the United States: Reexamined”, *Diplomatic History*, nº 31 (2007), pp. 51-79.

¹⁰³ Timothy BROOK: *op. cit.*, pp. 265-267.

terribles experimentos¹⁰⁴. A pesar de los intentos del resto de Aliados, en especial los soviéticos, de dar con los responsables del Escuadrón 731, el blindaje de MacArthur les permitió escapar de una casi segura pena de muerte y pudieron reintegrarse en Japón sin la mayor dificultad¹⁰⁵.

7. 3. *Las relaciones actuales entre China y Japón y el debate historiográfico*

En la actualidad, China y Japón mantienen unas relaciones pacíficas pero tensas. En los últimos años, las disputas por la soberanía de las islas Senkaku han abierto viejas heridas que no llegaron a cicatrizar nunca¹⁰⁶. Este enfrentamiento territorial ha provocado graves disturbios en las calles de China, muy similares a otras protestas anti-japonesas que se han repetido en las últimas décadas. El motivo; las reiteradas muestras del gobierno japonés de no arrepentimiento de lo ocurrido entre 1937 y 1945.

A partir de 1945, la guerra en Asia quedó como un tema tabú en Japón, mientras que China seguía enfrascada en una guerra civil que se alargaría hasta 1950, cuando los comunistas de Mao aseguraron el control de la China continental, creando la República Popular de China, mientras que Chiang Kai-shek se refugiaba en Taiwán, donde fundaría la República de China. Por su parte, Japón, bajo el cobijo de las sentencias del Tribunal de Tokio, ha rehuido de toda responsabilidad política y militar. Como nunca existió una purga institucional, parte de aquella casta política nacionalista y militarista se integró como una facción más de la derecha japonesa, quedando englobada dentro del Partido Liberal Democrático, que ha monopolizado el mapa político japonés desde su creación en 1955¹⁰⁷. Incluso criminales de guerra del tipo A condenados por el Tribunal

¹⁰⁴ Se especula con la posibilidad de que Estados Unidos utilizara armamento biológico en la Guerra de Corea basándose en los hallazgos de Shiro Ishii en Manchukuo. Véase Santiago CAMACHO: *Lo que los gobiernos ocultan*, EDAF, Madrid, 2004, p.

¹⁰⁵ A Shiro, que llegó a simular su propio funeral, se le perdió el rastro hasta su muerte, en 1959. Otros miembros o colaboradores del Escuadrón 731 llevaron a cabo trayectorias profesionales más visibles. Entre sus cargos se cuentan el de presidente del Colegio de Médicos de la prefectura de Kioto, profesor emérito del Hospital Universitario Kitasato de Tokio, presidente de la Asociación de Médicos de Japón o jefe del Comité Olímpico Japonés. Véase Sharad S. CHAUHAN: *op. cit.*, pp. 189-190.

¹⁰⁶ Lluç LÓPEZ: "Islas Senkaku: ricas en recursos energéticos y resentimientos patrióticos" *El País*, 22 de septiembre de 2012. Consultado el 20 de abril de 2015 en http://internacional.elpais.com/internacional/2012/09/22/actualidad/1348268956_040390.html

¹⁰⁷ El primer líder del partido, Nobusuke Kishi, había sido ministro de Comercio durante la Guerra del Pacífico. Desde 1955, el PLD se ha mantenido en el poder ininterrumpidamente, a excepción de dos únicas legislaturas: 1993-1996 y 2009-2012.

de Tokio lograrían años después llegar a ser ministros¹⁰⁸. Así, los herederos de los responsables de la guerra son los que actualmente abanderan el discurso revisionista. De hecho, durante la posguerra, el discurso histórico que decía que Japón había sido una potencia de corte imperialista que solo pretendía una expansión territorial era aceptado por prácticamente toda la población. Este discurso liberaba de toda responsabilidad al emperador y a la población civil y limitaba la autoría de las atrocidades al gobierno militarista de entonces. Sin embargo, durante los últimos veinte años se ha ido modificando dando pie a nuevas versiones revisionistas. Estas nuevas voces ven al Japón imperial como una fuerza liberadora que pretendía expulsar de Asia a las potencias occidentales.

La educación básica que reciben los japoneses es un buen indicio para comprobar la evolución que se ha producido en el mensaje que el gobierno quiere dar sobre aquellos hechos. Así, hasta hace pocos años, el testimonio por antonomasia de los estudiantes japoneses era el que decía que en el colegio no les explicaron la conquista de Japón en China porque la historia de Japón era demasiado larga para años lectivos tan cortos¹⁰⁹. Este desajuste, deliberado o no, provocaba que normalmente los alumnos solo estudiaran la historia de su país hasta el siglo XIX. No obstante esto, en los últimos años la administración ha dado un paso más y ha modificado los libros de texto, dando entrada al discurso revisionista en los colegios. En el año 2001, el ministerio de Educación omitía las referencias explícitas a la Masacre de Nanjing y presentaba la agresión imperialista como una guerra de liberación del continente.

El revisionismo fomentado desde Tokio no solo se limita al ámbito escolar, así lo demuestran el Santuario Yasukuni y el Museo Yushukan en la capital japonesa. Este museo militar y de la guerra es una sucesión de medias verdades que trata de relativizar lo ocurrido mediante la ambigüedad y la suavización del lenguaje. Si algunos ejemplos los comparamos con el Museo dedicado a la Guerra Sino-japonesa de Pekín, observamos que el debate histórico se ha llevado al terreno nominal. El mismo nombre de la guerra que se da en los museos es un ejemplo: mientras que en China es la “Guerra de Resistencia del Pueblo Chino Contra la Agresión Japonesa”, en Japón es la “Gran Guerra de Asia Oriental”. Por lo que respecta a las matanzas de Nanjing, China eleva

¹⁰⁸ Okinori Kaya, condenado a 20 años de prisión, de los que solo cumpliría diez. Entre 1957 y 1960 ejercería de ministro de Justicia.

¹⁰⁹ Laurence REES: *El Holocausto Asiático...*, pp. 13-14.

las cifras hasta las 300.000 víctimas entre civiles y soldados que habían depuesto las armas. Por otro lado, el museo japonés, siguiendo la dinámica de limitar culpables, solo menciona al General Iwane como responsable del “incidente de Nanjing” y evita dar el número de víctimas y cualquier mención a las sádicas prácticas que perpetraron los militares¹¹⁰.

Este revisionismo institucionalizado proviene, como he comentado, de una facción del PLD. El partido no adopta oficialmente este discurso, pero lo tolera, tensando las relaciones con potentes socios comerciales como la misma China y Corea del Sur, pero también con toda la comunidad internacional, que observa con un cierto malestar la ambigüedad de Tokio a la hora de denunciar y condenar los sucesos y no puede evitar hacer comparaciones con la Shoah y Alemania, que sí se ha manifestado profundamente arrepentida por sus actos pasados y ha actuado en consecuencia. Es difícil saber a ciencia cierta hasta qué punto el pensamiento revisionista está enraizado entre la población, pero el hecho que el PLD se arriesgue a generar tal tensión internacional para contentar una facción de su electorado, nos da una idea de la magnitud de la misma y el número de votantes que debe arrastrar. Así, sería conveniente no ver a personajes como Shintaro Ishihara, exgobernador de Tokio, que defendía que en Nanjing no hubo más muertos que en una batalla normal¹¹¹, o Toru Hashimoto, gobernador de Osaka que justificó el uso de esclavas sexuales¹¹², o Satori Mizushima, director de la película *La verdad sobre Nanjing*, donde se niega la mayoría de los hechos ocurridos en la capital china¹¹³, como unos exaltados excepcionales, sino como la punta, radical, de un iceberg oculto en la sociedad japonesa.

¹¹⁰ Mitch BLATT: “Yushukan vs. Anti-Japanese War Museum: comparing and contrasting China and Japan’s museums on World War II”, Chinahush, 20 de febrero de 2014. Consultado el 24 de abril de 2015 en <http://www.chinahush.com/2014/02/20/china-japan-world-war-ii-museums/>

¹¹¹ JUN Hongo: “Filmmaker to Paint Nanjing slaughter as just myth”, Japan Times, 25 de enero de 2007. Consultado el 24 de abril de 2015 en <https://web.archive.org/web/20121122084420/http://www.japantimes.co.jp/text/nn20070125a3.html>

¹¹² “Un alcalde japonés cree que las esclavas sexuales de la Segunda Guerra Mundial eran «necesarias»”, Agencias, ABC, 15 de mayo de 2013. Consultado el 24 de abril de 2015 en <http://www.abc.es/internacional/20130514/abci-alcalde-osaka-esclavas-sexuales-necesarias-201305141652.html>

¹¹³ “Un director japonés anuncia una película que niega la matanza de Nanjing”, Agencias, ABC, 25 de enero de 2007. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://www.abc.es/hemeroteca/historico-25-01-2007/abc/Espectaculos/un-director-japones-anuncia-una-pelicula-en-la-que-niega-la-matanza-de-nanjing_1631096698760.html

Así, cada vez que se producen declaraciones de este tipo en Japón, o actos como las visitas, cada vez más frecuentes, de primeros ministros como Junichiro Koizumi o Shinzo Abe al Santuario Yasukuni¹¹⁴ se desencadenan crisis diplomáticas con China¹¹⁵.

Es en la relación entre estas dos potencias asiáticas donde se pone de manifiesto que los nacionalismos de ambos países se retroalimentan. Igual que sucedió en el primer cuarto de siglo XX, donde el imperialismo japonés encontró una respuesta en China con el movimiento del 4 de mayo (véase el capítulo 4. 3.). El componente racial, antichino y militar del nacionalismo japonés está permitido e impulsado por el propio gobierno porque sabe lo arraigado que está entre sus ciudadanos. Estas muestras de patriotismo le convienen, de algún modo, al Partido Comunista Chino, que ha sabido dirigir el fervor nacionalista de su población. Las protestas de la Plaza de Tiananmén de 1989 y la caída de la mayoría de regímenes comunistas eran señales inequívocas del agotamiento de la idea que había legitimado el poder del PCCh. De este modo, la maquinaria de la administración china inició un viaje hacia el pasado para recuperar los valores de la resistencia contra el Ejército Imperial japonés y asentar su autoridad sobre un reinventado patriotismo¹¹⁶. En consecuencia, el Partido ha multiplicado los actos de conmemoración y condena de todo lo que en un pasado enfrentó a Japón y China aprovechando cualquier aniversario de estos sucesos¹¹⁷.

El PCCh se mueve entre dos aguas y es que, si bien es cierto que un escenario de patriotismo antijaponés le es propicio, debe procurar que éste no se le vaya de las manos, puesto que Japón no deja de ser su socio comercial más importante, y cada vez son más los chinos que demandan una ruptura total de cualquier tipo de relación con los vecinos del archipiélago¹¹⁸. En una posición parecida está el gobierno japonés. Esta

¹¹⁴ El Santuario Yasukuni es un templo situado en Tokio en el que se rinde homenaje a los soldados caídos en combate pero también a criminales de guerra de clase A que fueron condenados a muerte.

¹¹⁵ Lina YOON: “El primer ministro japonés enfada a China y Corea del Sur”, *El País*, 26 de diciembre de 2013. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://internacional.elpais.com/internacional/2013/12/26/actualidad/1388048217_140772.html

¹¹⁶ Mario ESTEBAN: “Identidades nacionales enfrentadas: las relaciones sino-japonesas en 2005”, *Anuario Asia-Pacífico*, 2005, pp. 503-510.

¹¹⁷ Los ejemplos más recientes son la formalización, en febrero de 2014, de dos nuevos días nacionales: el 3 de setiembre para conmemorar la derrota japonesa en la guerra y el 13 de diciembre por la masacre de Nanjing.

¹¹⁸ El estreno de la película de Lu Chuan *Ciudad de vida y muerte* en 2009 es una muestra de hasta qué punto el mensaje del Partido Comunista Chino ha calado entre algunos sectores de la sociedad. La filmación de *Ciudad de vida y muerte* fue autorizada por el PCCh en el marco del 70 aniversario de la masacre de Nanjing. El film muestra con dramática crudeza los crímenes de los japoneses en la capital china, lo que agradó en el seno del Partido, pues servía para denunciar los hechos a escala mundial. Sin

situación es análoga a la previa al estallido de la Guerra del Pacífico cuando en Tokio se dirimía la disputa entre saciar a los anhelos imperialistas de los militares o mantener una cierta concordia con Corea y China que le asegurara beneficios comerciales (véase capítulo 3. 6.).

Esta política de tira y afloja ha tenido sus resultados. Encuestas realizadas en China dicen que el número de ciudadanos con una imagen “mala” o “muy mala” de Japón triplica a los que tienen una imagen “buena” o “muy buena”. Un estudio revela que dos terceras partes de los 700 pekineses encuestados consideran que Japón alberga intenciones hostiles hacia China y dispone de medios militares y/o económicos para amenazar su seguridad. El porcentaje se dispara entre los más jóvenes. Otra encuesta afirma que el 95% de los chinos se sienten profundamente indignados por la negación japonesa de los crímenes de guerra. En el otro lado, en Japón también se evidencia la influencia del discurso revisionista entre la población. Un estudio encargado por el diario Yomiurio Shimbun asegura que solo un 32% de los japoneses tienen una visión positiva de China. Un sondeo realizado por la televisión estatal NHK decía que en 1982, cerca del 10% de los jóvenes de entre 16 y 29 años no sabía que Japón había liberado una guerra en China y el Pacífico. En el año 2000, esta cifra se había elevado por encima del 30%¹¹⁹.

Esta percepción negativa del país vecino, sobre todo entre las capas más jóvenes de la población, pone de manifiesto la responsabilidad de las autoridades chinas y japonesas en la difusión de una imagen pernicioso del otro país.

embargo, buena parte del público no toleró la posición ambigua de algunos personajes principales (un soldado japonés que se muestra abrumado por la matanza y un colaboracionista chino) hasta el punto que la polémica generada hizo que el Partido decidiera censurar la película para calmar a los sectores más ultranacionalistas que él mismo alimenta. Véase “La odisea del Spielberg chino”, El País, 21 de marzo de 2010. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://elpais.com/diario/2010/03/21/eps/1269156409_850215.html

¹¹⁹ Mario ESTEBAN, *op.cit.*, pp. 503-510.

8. CONCLUSIONES

La trayectoria de la política japonesa en las décadas que preceden la Guerra del Pacífico demuestra que los actos cometidos durante este conflicto responden a una larga cadena de sucesos históricos: decisiones diplomáticas, negligencias, planes políticos, etcétera. En ningún caso el análisis de estos hechos pretende insinuar que el pueblo japonés, por su compleja idiosincrasia, tenía más posibilidades de acabar efectuando los crímenes que llevó a cabo. Al contrario, revela que cualquier sociedad, por muy alto que sea su grado de aparente civilización, puede llegar a ejercer o aprobar unos excesos inaceptables. He aquí las conclusiones que se derivan del análisis del camino del Japón imperial hacia la barbarie.

1) Que las atrocidades cometidas en el frente de Asia Oriental no pueden ser achacadas a conductas individuales, como así defendió y defiende un sector de la sociedad japonesa, sino que responden a un largo proceso histórico e ideológico que se remonta varias décadas atrás en el tiempo.

2) Que el peso del nacionalismo es fundamental a la hora de explicar estos hechos. El chovinismo del que prácticamente fue partícipe toda la sociedad revela las consecuencias desastrosas que puede acarrear una radicalización del discurso patriótico.

3) Ligado al nacionalismo radical, que el racismo y la visión deshumanizada y degradante de todo lo que no fuera japonés suprimió cualquier sentimiento de culpa entre los soldados y dio vía libre al sadismo en el frente. Y, efectivamente, esta reacción antiextranjera tiene sus raíces tiempo atrás; nace con las primeras agresiones europeas en Japón, que primero desencadenaron la política de aislamiento nacional durante el *shogunato* Tokugawa, y que se afianzó cuando en el periodo Meiji se produce una masiva occidentalización de las instituciones. Es decir, que su origen está en el intento de preservar los valores tradicionales japoneses a pesar de la voluntad de modernizar el país. Esta reacción formaba parte de la contraposición entre tradición y modernidad que monopolizaba el pensamiento japonés.

4) Que la aplicación a ultranza de cualquier doctrina puede llegar a resultar dañina, aunque sea de una filosofía como el confucianismo o la religión sintoísta. La obediencia ciega a los superiores y a la voluntad divina es responsable de buena parte de los crímenes de guerra cometidos. El firme convencimiento en la estructura jerárquica del sistema imperial indujo a los soldados a no sentirse responsables de sus delitos. Los

altos cargos del Ejército Imperial tienen la responsabilidad de haber tergiversado y radicalizado para sus intereses determinados puntos de la filosofía japonesa y el culto a los dioses.

5) Que a los gobiernos japoneses, incluidos los gabinetes anteriores a la llegada al poder de los militares, también les son imputables las atrocidades cometidas por el Ejército Imperial. En especial el ministerio de Educación, que desde la Primera Guerra Sino-japonesa fomentó en las escuelas el discurso racista y nacionalista, cuyos frutos se recogieron en la Guerra del Pacífico y que pone de manifiesto cuan peligrosa puede ser la exposición de determinadas ideas entre los sectores más jóvenes de la población.

6) Que la clase política y el emperador, cuyos poderes eran absolutos, tienen la responsabilidad de no haber sido capaces de frenar a los sectores ultranacionalistas del país; haciéndoles concesiones y permitiendo más adelante, por negligencia o miedo, su ascenso al poder.

7) Que los gobiernos japoneses tienen la responsabilidad de no haber ni siquiera intentado establecer un plan de desarrollo de un área de cooperación en Asia Oriental¹²⁰ que pudiera competir contra los mercados europeos, instituyendo un sistema imperialista a pesar de denunciar desde el fin del *shogunato* Tokugawa la explotación colonial de Occidente. Este hecho les convirtió en el propio enemigo del resto de Asia Oriental, acrecentando la sensación de aislamiento internacional. El mantenimiento del Imperio japonés, per se, suponía abrir hostilidades tanto con los países colonizados como con las potencias con intereses en Extremo Oriente. Japón inició una huida hacia delante que le llevó a un desenlace inevitable: la guerra tanto contra Asia como contra Occidente.

8) Que Occidente tiene parte de responsabilidad en la radicalización del conflicto en Asia Oriental por distintos motivos: por el despotismo con el que desde el siglo XIX se relacionó con China y Japón; por el progresivo estrangulamiento que aplica sobre China y del que hace partícipe a los japoneses, debilitando y sumiendo en el caos al país que sufrirá los efectos del Ejército Imperial en mayor medida; y por encima de todo, los países europeos, en especial Francia y Gran Bretaña, priorizaron sus intereses económicos en Asia Oriental, donde nunca actuaron como garantes de la paz y las

¹²⁰ Como hemos visto a lo largo del trabajo, nominalmente sí que las autoridades hablaban de este plan, pero era un maquillaje de la auténtica explotación colonial que querían establecer en el resto de Asia.

libertades democráticas, como ellos mismo se habían autoproclamado, a pesar de la evidente radicalización de la política militarista japonesa. Al contrario, siguieron pactando con Tokio el reparto del continente, cosa que envalentonó todavía más al Ejército Imperial.

9) Que la ascensión del fascismo ultranacionalista durante las penurias provocadas por la Gran Depresión ponen de manifiesto que éste es un patrón común. Durante esos mismos años, Alemania e Italia vivieron una situación parecida y, en la actualidad, también en el marco de una crisis económica global, observamos tanto en Europa como en Japón, la proliferación de discursos nacionalistas y/o racistas que reproducen lo vivido en el archipiélago nipón en los años precedentes en la guerra. Sus funestas consecuencias deben ponernos sobre aviso de la peligrosidad de estas ideas.

10) Que la decisión de alargar la guerra, cuya responsabilidad comparten los oficiales del alto mando y el emperador Hirohito, y fomentar la orden imperial que prohibía a los soldados rendirse, recrudeció las conductas violentas en el frente provocó un número de muertes evitables.

11) Que la barbarie cometida en la Guerra del Pacífico todavía resuena en la actualidad e impregna en buena medida las relaciones entre China y Japón. La tensión entre ambos países por este tema todavía sin resolver pone sobre la mesa las carencias del Tribunal de Tokio a la hora de castigar las atrocidades cometidas por los japoneses y la necesidad de seguir investigando los aspectos más oscuros de este conflicto. Conclusión extrapolable para toda guerra cuya huella todavía perdure en la actualidad. Asimismo, las autoridades chinas y japonesas son responsables de suscitar un nacionalismo hostil hacia el otro país y de hacer un uso interesado de la historia para su propio beneficio político.

BIBLIOGRAFÍA

- AKEMI Saito, “Niños y jóvenes en el Japón: encuadramiento y adoctrinamiento durante la Guerra de Asia-Pacífico (1931-1945)”, *Jóvenes y dictaduras de entreguerras: Propaganda, doctrina y encuadramiento: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España* (coord. Conxita Mir), Milenio. Lleida, 2007.
- Cristopher ALDUS: *The Police in Occupation Japan: Control, corruption and resistance to reform*, Routledge, Nueva York, 1997.
- Paul J. BAILEY: *China en el siglo XX*, Ariel, Barcelona, 2002.
- William. G. BEASLEY: *Historia contemporánea de Japón*, Alianza, Madrid, 1995.
- William. G. BEASLEY: *Japanese Imperialism 1894-1945*, Clarendon Press, Oxford, 1987.
- William. G. BEASLEY: *La Restauración Meiji*, Satori Ediciones, Gijón, 2007.
- Robert BIEL: *El Nuevo Imperialismo: Crisis y contradicciones en las relaciones Norte-Sur*, Siglo XXI, México, 2007.
- Mitch BLATT: “Yushukan vs. Anti-Japanese War Museum: comparing and contrasting China and Japan’s museums on World War II”, *Chinahush*, 20 de febrero de 2014. Consultado el 24 de abril de 2015 en <http://www.chinahush.com/2014/02/20/china-japan-world-war-ii-museums/>
- Timothy BROOK: *Documents on the Rape of Nanking*, University of Michigan Press, Ann Arbor (Michigan), 2000.
- Thomas W. BURKMAN, *Japan and the League of Nations: Empire and World Order, 1914-1938*, University of Hawai Press, 2008.
- James BURNHAM: *The Trial Within: Negotiating Justice at the International Military Tribunal for the Far East, 1946-1948*, University of Canterbury, 2004.
- Santiago CAMACHO: *Lo que los gobiernos ocultan*, EDAF, Madrid, 2004.
- Gloria CLAUDIO – José SAAVEDRA: *China: el Regreso del Imperio del Centro*, Netbiblio, La Coruña, 2008.

- Iris CHANG: *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*, Basic Books, Nueva York, 1997.
- Sharad S. CHAUHAN: *Biological Weapons*, APH, Nueva Delhi, 2004.
- Jean CHESNEAUX: *Asia Oriental en los siglos XIX-XX: China – Japón – India – Sudeste asiático*, Labor, Barcelona, 1976.
- Bruce A. ELLEMAN: *Wilson and China: a Revised History of the Shandong Question*, M. E. Sharpe, Nueva York, 2002.
- Joseph W. ESHERICK – C.X. GEORGE WEI: *China: How the Empire Fell*, Routledge, Nueva York, 2014.
- Mario ESTEBAN: “Identidades nacionales enfrentadas: las relaciones sino-japonesas en 2005”, *Anuario Asia-Pacífico*, 2005.
- Mark FELTON: *Japan’s Gestapo: Murder, Mayhem and Torture in Wartime Asia*, Pen & Sword, Barnsley, 2009.
- David FLATH: *The Japanese Economy*, Oxford, Nueva York, 2014.
- Andrea Verónica FRASCHINA: “Análisis comparativo de la competencia de los distintos Tribunales Penales Internacionales e Internacionalizados”, *Colección Veracruz*, nº 21 (2008), Fundació Càtedra Iberoamericana, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca.
- Juan Pablo FUSI: *La patria lejana: el nacionalismo en el siglo XX*, Taurus, Madrid, 2003.
- Rustin GATES: “Solving the Manchurian Problem: Uchida Yasuya and Japanese Foreign Affairs before the Second World War”, *Diplomacy & Statecraft*, nº 23 (2012), Routledge.
- Harry G. GELBER: *El Dragón y los Demonios Extranjeros: China y el mundo a lo largo de la historia*, RBA, Barcelona, 2007.
- Alicia GIRÓN: *Japón: asimetrías y regulación del sistema financiero*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 2006.
- Marvin HARRIS: *Introducción a la antropología general*, Alianza, Madrid, 1991.

- Christopher HUDSON: “Doctors of Depravity”. Daily Mail, 2 de marzo de 2007. Consultado el 2 de junio de 2015 en <http://www.dailymail.co.uk/news/article-439776/Doctors-Depravity.html>
- JUN Hongo: “Filmmaker to Paint Nanjing slaughter as just myth”, Japan Times, 25 de enero de 2007. Consultado el 24 de abril de 2015 en <https://web.archive.org/web/20121122084420/http://www.japantimes.co.jp/text/nn20070125a3.html>
- Oriol JUNQUERAS – Dani MADRID – Guillermo MARTÍNEZ – Pau PITARCH: *Historia de Japón: economía, política y sociedad*, UOC, Barcelona, 2012.
- Claude LÉVI-STRAUSS: *Raça i història*, Edicions 62, Barcelona, 1969.
- Bernard LEWIS: *¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Lluc LÓPEZ: “Islas Senkaku: ricas en recursos energéticos y resentimientos patrióticos” El País, 22 de septiembre de 2012. Consultado el 20 de abril de 2015 en http://internacional.elpais.com/internacional/2012/09/22/actualidad/1348268956_04039.html
- Lluc LÓPEZ: *La política exterior y de seguridad japonesa*, UOC, Barcelona, 2010.
- Guillermo MARTÍNEZ: *La región del Nanyō. El Japón Meiji y las colonias asiáticas del imperio español, 1858-1898*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, 2011.
- MASAHIRO Yamamoto: *The History and historiography of the rape of Nanking*, UMI Dissertation Services, Ann Arbor (Michigan), 1998.
- MIKISO Hane: *Breve Historia de Japón*, Alianza, Madrid, 2003.
- Julia MORENO, *Japón contemporáneo (hasta 1914)*, Akal, Madrid, 1989.
- Tessa MORRIS-SUZUKI: *Cultura, etnicidad y globalización. La experiencia japonesa*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- David E. MUNGELLO: *The Great Encounter of China and the West, 1500-1800*, Rowman & Littlefield Publishers, Maryland, 2009.

- NORIKO Kawamura: “Emperor Hirohito and Japan’s Decision to Go to War with the United States: Reexamined”, *Diplomatic History*, nº 31 (2007).
- Sarah. C. PAINE: *The Wars for Asia, 1911-1949*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.
- Huibert PAUL: “De Conigh on Deshima. Mijn Verblijf in Japan, 1856”, *Monumenta Nipponica*, vol. 32, nº 3, (Agosto, 1977).
- Àngels PELEGRÍN – Amadeu JENSANA: *Economía de Japón*, UOC, Barcelona, 2011.
- Antoni PREVOSTI (coord.) – Antonio José DOMÉNECH – Ramón N. PRATS: *Pensamiento y religión en Asia Oriental*, UOC, 2005.
- Laurence REES: *El Holocausto Asiático: Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2009.
- Laurence REES: *Los Verdugos y las Víctimas: las páginas negras de la historia de la segunda guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2008.
- Pierre RENOUVIN: *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*, Akal, Madrid, 1990.
- Salvador RODRÍGUEZ: *La Monarquía japonesa*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.
- José SALGADO: “La guerra del opio: geopolítica de la droga”, *Boletín Economía y Negocios*, nº. 27 (Julio, 2013), Universidad Tecnológica Equinoccial, Quito.
- Mario SANTANDER: “Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China”, *Gerónimo de Uztariz*, nº 25 (2009).
- SAYA Makito: *The Sino-japanese War and the birth of japanese nationalism*, International House of Japan, Tokio, 2011.
- Robert A. SCALAPINO: *Democracy and the Party Movement in Prewar Japan: The failure of the First Attempt*, University of California Press, Berkeley, 1953.
- Conrad SCHIROKAUER – Miranda BROWN: *A Brief History of Chinese Civilization*, Cengage Learning, Boston, 2013.

- Conrad SCHIROKAUER - Miranda BROWN – David LURIE – Suzanne GAY: *A Brief History of Chinese and Japanese Civilizations*, Cengage Learning, Boston, 2013.
- Irene SECO: *Leyendas y cuentos del Japón*, Akal, Madrid, 2006.
- Aron SHAI: *Zhang Xueliang: The General who never fought*, Palgrave Macmillan, Londres, 2012.
- Carl SIFAKIS: *Encyclopedia of Assassinations: More than 400 Infamous Attacks that Changed the Course of History*, Facts on File, Nueva York, 2001.
- John STEVENS: *Paz abundante: La biografía de Morihei Ueshiba, fundador del aikido*, Kairós, Barcelona, 1998.
- David STEVENSON: *1914-1918: Historia de la Primera Guerra Mundial*, Penguin Random House, Barcelona, 2013.
- SUN Yat-sen: *Prescriptions for saving China: selected writings of Sun Yat-sen*, Hoover Institution Press, Stanford (California), 1994, pp. 222-236.
- TACHIKAWA Kyoichi, “The Treatment of Prisoners of War by the Imperial Japanese Army and Navy Focusing on the Pacific War”, *NIDS Security Reports*, nº 9 (2008).
- Dennis TWITCHETT - John King FAIRBANK: *The Cambridge history of China, vol. 10*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- Josefa VALDERRAMA, “Beyond words: the kokutai and its background”, *Revista d’Història Moderna i Contemporània*, nº 4 (2006), UAB, Barcelona.
- Erwin WICKERT (ed.): *The Diaries of John Rabe: The Good German of Nanking*, Little, Brown and Company, Londres, 1998.
- Lina YOON: “El primer ministro japonés enfada a China y Corea del Sur”, *El País*, 26 de diciembre de 2013. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://internacional.elpais.com/internacional/2013/12/26/actualidad/1388048217_140772.html
- “La odisea del Spielberg chino”, *El País*, 21 de marzo de 2010. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://elpais.com/diario/2010/03/21/eps/1269156409_8502

15.html

- “Un alcalde japonés cree que las esclavas sexuales de la Segunda Guerra Mundial eran «necesarias»”, Agencias, ABC, 15 de mayo de 2013. Consultado el 24 de abril de 2015 en <http://www.abc.es/internacional/20130514/abci-alcalde-osaka-esclavas-sexuales-necesarias-201305141652.html>
- “Un director japonés anuncia una película que niega la matanza de Nanjing”, Agencias, ABC, 25 de enero de 2007. Consultado el 24 de abril de 2015 en http://www.abc.es/hemeroteca/historico-25-01-2007/abc/Espectaculos/un-director-japones-anuncia-una-pelicula-en-la-que-niega-la-matanza-de-manjing_1631096698760.html.
- Tratado de Shimonoseki. Consultado el 13 de abril de 2015 en <http://www.taiwandocuments.org/shimonoseki01.htm>

